MINIMA TROTTA

Søren Kierkegaard. **Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo**

Min.

Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo

Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo

Søren Kierkegaard

traducción del original danés, introducción y notas
de Andrés Roberto Albertsen en colaboración con
María José Binetti, Carlos Raúl Cordero,
Óscar Alberto Cuervo y Ana María Fioravanti

MINIMA TROTTA

MINIMA TROTTA

Título original: Til Selvprøvelse. Samtiden Anbefalet

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http: \\www.trotta.es

ISBN: 978-84-9879-208-9
depósito legal: S. 399-2011

impresión
Gráficas Varona, S.A.

CONTENIDO

«Conociendo, pues, el temor del Señor, procuramos ganar a los hombres» (2 Cor 5, 11). Porque comenzar de inmediato, o querer, *primero*, ganar a los hombres, puede ser incluso impiedad, o al menos mundanidad, no cristianismo, ni tampoco temor de Dios. No, que tu empeño sea *primero*; que exprese, antes que nada, que tú temes a Dios. Éste ha sido mi empeño.

Pero Tú, oh Dios, no permitas nunca que olvide que, aunque no ganara siquiera a un solo hombre — si mi vida (¡porque las «seguridades» que da la boca son engañosas!) expresa que yo te temo: esto significa «¡Todo está ganado!». Y por el contrario, aunque ganara a todos los hombres — si mi vida (¡porque las «seguridades» que da la boca son engañosas!) no expresa que yo te temo: esto significa «Todo está perdido».

Verano de 1851

INTRODUCCIÓN

Andrés Roberto Albertsen

Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo ofrece al lector de habla castellana la traducción de lo que todos los comentaristas coinciden en identificar como el escrito edificante más popular de Søren Kierkegaard. Se trata de una obra que, desde el momento mismo de su publicación, fue muy bien recibida por los lectores daneses, y por eso gozó de un destino inusual. La segunda edición de la misma apareció al año siguiente de su primera publicación en 1851, mientras que, por ejemplo, otras obras de Kierkegaard, como *Etapas en el camino de la vida* tardó trece años en reeditarse y *Temor y temblor*, catorce.

Contexto histórico de la obra

Después de que Søren Kierkegaard predicara un par de veces durante el invierno de 1851 en la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague con ocasión de la comunión de los viernes, el domingo 18 de mayo de 1851, Kierkegaard lo hizo en la iglesia de la Ciudadela de la misma ciudad, tomando como referencia su texto bíblico preferido, a saber, la *Epístola de Santiago* 1, 17-21. Sobre ese mismo texto había basado tanto el segundo de los *Dos discursos edificantes* de 1843[1] como el

1. *Discursos edificantes*, introducción, traducción y notas de Darío González, Trotta, Madrid, 2010, pp. 53-70.

segundo y el tercero de los *Cuatro discursos edificantes*[2] también de 1843. La predicación del 18 de mayo fue publicada el 1.º de agosto de 1855 bajo el título «La inmutabilidad de Dios» y está incluida en el volumen *El Instante*[3]. Además de los mencionados sermones, Kierkegaard había planificado una serie de nuevas predicaciones que distribuiría a lo largo de la primavera y el verano de 1851. No obstante, la predicación en la iglesia de la Ciudadela le produjo tal debilidad y desgaste físicos, que se vio obligado a desistir de su intención y se prometió a sí mismo no volver a subir al púlpito.

Entre las predicaciones planificadas para el transcurso de 1851, se encuentran los tres sermones que componen *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*. De ahí, el estilo coloquial y exhortativo del texto, destinado en un principio a la comunicación verbal y finalmente publicado el 10 de septiembre de 1851, en el undécimo aniversario del compromiso de Kierkegaard con Regina Olsen. En su versión original, el primer sermón constaba de 38 páginas, mientras que el segundo y el tercero tenían sólo 17 páginas cada uno.

Contenido de la obra

Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo posee una finalidad edificante, esto es, la de interpelar al lector a partir de la comunicación directa del mensaje evangélico. En cuanto texto edificante, se dirige al individuo singular para que lo lea en voz alta y pueda distanciarse del autor, que no pretende para sí autoridad alguna.

La obra comienza con «Una observación preliminar» en la que Kierkegaard recurre a la figura de Sócrates, el sencillo sabio de la Antigüedad, modelo de coherencia entre palabra y vida dentro del paganismo, para mostrar la importancia del

2. *Ibid.*, pp. 153-168.

3. *El Instante*, traducción de Andrés Roberto Albertsen y colaboradores, Trotta, Madrid, 2006.

stemning, es decir del talante, la atmósfera, la tonalidad afectiva, la clave o el acorde con que debe hablarse de aquello que concierne a nuestra propia existencia. ¿Y qué *stemning* corresponde a la predicación y al que la escucha? ¿Acaso la elocuencia, las artes oratorias, la ingeniosidad, el parloteo, las argumentaciones científicas? No, nada de eso. El *stemning* es la seriedad. Y la seriedad del que predica sobre cómo llegar a ser cristiano consiste en que un individuo singular se reconozca pecador para hablarle como individuo singular, en su vida cotidiana, a otro individuo singular que se reconozca a su vez también pecador para no caer, ambos, en la impostura.

A la «Observación preliminar» le siguen los tres sermones que componen la obra, cada uno de los cuales se inicia con el texto del Nuevo Testamento correspondiente a su desarrollo y una oración.

El primero de los tres sermones fue pensado para ser predicado el quinto domingo después de Pascua y continuar el discurso del 18 de mayo en la iglesia de la Ciudadela con el texto de *Santiago* 1, 22-27. En este sermón, Kierkegaard subraya el valor de la acción en la vida cristiana. Ser cristiano no es pronunciar un discurso elocuente y conmovedor el domingo para vivir paganamente el resto de la semana. Ser cristiano es, por el contrario, testimoniar con la propia vida la verdad anunciada. En este sentido, Kierkegaard defiende el valor de las obras no por encima de la gracia sino como el auténtico efecto de la gracia. El ataque indirecto a la molicie y carácter mundano de la iglesia oficial de Dinamarca, a la que Kierkegaard denomina «cristiandad» en lugar de cristianismo auténtico, es aquí palmario. A la pregunta: ¿qué se requiere para que sea una verdadera bendición mirarse a sí mismo en el espejo de la Palabra?, Kierkegaard responde: se requiere, ante todo, no ver el espejo, sino mirarse a sí mismo en el espejo. Detenerse en el espejo —esto es, en la exégesis bíblica o en el análisis histórico y científico del texto sagrado— constituye el atajo objetivo e impersonal de quien evita enfrentarse consigo mismo delante de Dios y no quiere reconocer que «es a mí a quien se habla, es de mí de quien se ha-

bla». La astucia humana interpone lo impersonal y lo objetivo para no oír que se le diga «tú». Y así se convierte la Palabra de Dios en doctrina y se rehúye el amor al prójimo. Por eso, la seriedad debe ser honesta desconfianza hacia sí mismo. Mirarse a sí mismo en el espejo indica, por el contrario, la apertura y disponibilidad interior para comprender el mensaje evangélico como una llamada existencial dirigida a la propia persona. De este modo se acentúa la subjetividad del lector sobre la objetividad del texto. La Palabra de Dios no se lee desde la intelección abstracta sino desde la pasión subjetiva, como quien lee la carta de su amada: en el más absoluto silencio interior. En este sentido, concluye Kierkegaard, las mujeres son el paradigma de la comprensión, porque ellas siempre callan, no sólo en su intimidad sino también en el mundo social, cultural y político, de cuya banal temporalidad han sido obligadas a retirarse para habitar en la eternidad de la vida hogareña.

El segundo sermón, pensado para el día de la Ascensión a los Cielos, toma como motivo los *Hechos de los Apóstoles* 1, 1-11. Aquí, afirma Kierkegaard que Cristo es el camino angosto y que desde el comienzo el camino es angosto, hasta el punto que nace en un establo y es envuelto en trapos, que su vida entera es una historia de tentación. De modo que, aunque nunca hubiera dicho Cristo que es angosto el camino, con cada instante de su vida lo puso de manifiesto, en lucha contra Satanás, contra el pueblo, contra sus propios discípulos, contra sus amigos, todos tentadores, y en su lucha final, hasta la muerte. Pero sólo a través de ese camino se alcanza la vida. La cristiandad transita el otro, el camino fácil, el del discurso despreocupado y sin compromiso personal, el de la duda intelectual y la argumentación teórica, y su predicador es capaz de tener el atrevimiento de decir, incluso con lágrimas en los ojos, que el camino es angosto, pero en su vida él transita por el camino ancho y fácil. Convierte una comunicación de existencia en doctrina y se queda muy tranquilo. El mártir, por el contrario, transita el camino de la muerte, la lucha, la angustia y el sufrimiento. El camino cristiano, el camino angosto, no viene impuesto por el destino o las circunstancias; es una elección que afirma la imitación de Cristo como único medio de salvación. Cuando se vive por el testimonio de la Palabra, no hay tiempo para dudas ni razonamientos especulativos.

El tercer sermón fue planificado para el día de Pentecostés y por eso toma como referencia central los *Hechos de los Apóstoles* 2, 1-11. En él, su autor alude al espíritu del mundo, espíritu del tiempo y de la humanidad, que constituyen, desde el punto de vista cristiano, el espíritu del mal. Kierkegaard lo compara con la neblina del pantano, que está siempre a ras del suelo. Es un espíritu poderoso, rico en hechizos, ilusiones y engaños. Un espíritu al que no se necesita estar atado y con el que se puede ser disperso, irresoluto e inconstante en todos los caminos. Kierkegaard lo contrapone con el Espíritu Santo, único capaz de vivificar la existencia. Ambos espíritus se oponen de manera tal que, para nacer a la vida de la santidad, es necesario morir al mundo, al tiempo y a todas las pasiones humanas. Cuando el Espíritu Santo es el verdadero conductor de la existencia, trae la fe, contra todo entendimiento finito; la esperanza, contra toda vana esperanza humana; y el amor al prójimo, contra todo amor propio.

Para un examen de sí mismo: *Un compendio del pensamiento kierkegaardiano*

Uno de los más eminentes estudiosos de Kierkegaard, Eduard Geismar, ha dicho que si nos propusiéramos leer sólo una de sus obras, deberíamos elegir precisamente *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo*[4]. Aunque la afirmación de Geismar suene un tanto hiperbólica y quizá no haga justicia a la riqueza y diversidad del pensamiento kierkegaardiano, ella expresa con gran agudeza una de las mayores virtudes de la obra que presentamos, a saber, la de ser un excelente compendio del pensamiento de Kierkegaard. Veamos por qué.

4. Eduard Geismar, *Søren Kierkegaard. Hans Livsudvikling og Forfattervirksomhed*, Copenhague, 1927-1928, II, p. 72.

Cuando en «Una observación preliminar» Kierkegaard se vale de la figura de Sócrates para mostrar la importancia del *stemning*, vuelve a un personaje y a un tema siempre presentes en su obra, en especial en *El concepto de la angustia*, escrita con el seudónimo de Vigilius Haufniensis.

En el primer sermón, entabla un diálogo muy vivaz con el reformador Martín Lutero. Todavía se discute entre los especialistas si Kierkegaard es un fiel intérprete del propósito y pensamiento de Martín Lutero en las condiciones de un tiempo diferente, o si hay un antagonismo entre los dos autores. En el texto que presentamos, hay elementos para avalar las dos posturas. Cuando Kierkegaard hace una distinción entre la persona del reformador, quien según nuestro autor, efectivamente vivió la fe como «algo inquietante» y tuvo razón en sostener que la salvación no se alcanza por las obras, y la manera como lo leyeron sus sucesores que no sólo dejaron atrás la justificación por las obras, sino también las propias obras, es fiel a las intenciones del padre del luteranismo. Kierkegaard señala que se traiciona al luteranismo cuando se le quita el componente de paradoja y locura, porque la exigencia del cristianismo no puede ser sino: «tú deberías esforzarte lo más posible para que tu vida se manifestara en obras; y se exige luego una cosa más, que te humilles y reconozcas: aun así, por gracia soy salvado». Pero cuando hace una distinción entre los cristianos que no renuncian a la felicidad que les proporcionan sus hogares, sus hijos, sus cónyuges, sus trabajos, y los testigos de la verdad y héroes de la fe, parece reintroducir una diferenciación entre los mandamientos que todos deben cumplir y los consejos evangélicos que no todos están llamados a vivir en su sentido radical, que había sido suprimida por Lutero.

La cuestión que se plantea aquí de las oscuras relaciones entre la gracia y las obras y que ha sido y es motivo de permanente conflicto entre las iglesias cristianas, fue tratada extensamente por Kierkegaard en *Las obras del amor*, uno de los frutos más ricos y fecundos de su genio creador.

Los métodos histórico-críticos para el estudio de los textos bíblicos habían cobrado auge en su tiempo y Kierkegaard

reconoce que pueden ser una herramienta útil, pero denuncia con agudeza que también pueden ser aprovechados por la malicia humana para evitar la confrontación directa con la Palabra.

Al final del primer sermón, cuando se refiere a la mujer, Kierkegaard retoma otro tema que aparece a lo largo de toda su obra. Un autor que reiteradamente es acusado de misógino presenta aquí a la mujer como la oyente silenciosa y no olvidadiza, capaz de proporcionar silencio en un mundo —y no sabemos si Kierkegaard describe con fidelidad la situación de su propia época, pero es evidente que sí anticipa proféticamente una descripción de la nuestra— donde el alboroto, la velocidad y el ruido sólo aturden y agitan a las masas. También en *Temor y temblor*, María, que da a luz a Cristo por un milagro, guarda silencio. Porque, dice el seudónimo Johannes de Silentio, el ángel de la Anunciación fue caritativo pero no tan complaciente como para advertir a las demás jóvenes de Israel que no la despreciaran y la comprendieran.

En el segundo sermón, cuando subraya que el cristianismo es una comunicación de existencia, Kierkegaard vuelve a los temas de *O lo uno o lo otro* (editado por el seudónimo Victor Eremita)[5], de *Temor y temblor*, de *La repetición* (del seudónimo Constantin Constantius) o de *El Instante*: el deseo, la duda, las razones, que se apoderan del que se pretende cristiano para evadir, para apartar de su existencia, la imitación de Cristo y darse importancia viviendo de razones y dudando.

En el último sermón, junto con su aguda descripción del «espíritu del tiempo» reaparecen el joven A, Constantin Constantius y otros invitados de *In vino veritas* (que es parte de la obra seudónima *Etapas en el camino de la vida*), el seductor de Cordelia, Don Juan, Fausto; en fin, una galería de personajes inolvidables. Y otra vez los temas de *Ejercitación*

5. *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*, 2 vols., edición y traducción de Begonya Saez y Darío González (vol. I) y Darío González (vol. II), Trotta, Madrid, 2006.

del cristianismo (firmado por Anticlimacus)[6] y de *El Instante*, entre otros libros: el que invita no trae «un dulce consuelo». Invita a «morir a», a renunciar a todo y al escándalo. Invita a una nueva vida, pero una vida por medio de la cual pasa la muerte. Y vuelve Isaac y vuelve Regina no nombrada. Pues el Espíritu no llega antes de la muerte y de la ascensión a los cielos. Llega cuando para el entendimiento no hay ninguna esperanza. Es más, Kierkegaard opone entendimiento a esperanza. Y la verdad es que, en efecto, justo cuando para el entendimiento no hay ninguna esperanza, el Espíritu trae la esperanza contra toda esperanza. Del mismo modo, el Espíritu es amor, pero el amor que llega cuando se logra «morir a» todo amor egoísta a sí mismo y a los seres amados, aunque ese ser amado sea solamente uno. Es decir, nos encontramos de nuevo con *Las obras del amor*, también en el sentido de que todo hombre, sin distinción, es llamado por el Espíritu que vivifica. Sólo se trata de querer o no dejar las riendas del poder en sus manos o en las nuestras.

Esta obra de Kierkegaard es, pues, un excelente compendio de su obra seudónima por donde asoman, en clave poética y filosófica, los temas que desarrolla, al mismo tiempo, en clave religiosa y cristiana cuando escribe los textos firmados con su propio nombre.

Nuestra traducción

Hemos traducido directamente del danés *Til Selvprøvelse, Samtiden Anbefalet*, en el volumen XVII de edición de Gyldendal de 1962, pp. 49-123.

La traducción del original danés, la presentación y las notas son obra del equipo interdisciplinario de traducción de la Biblioteca Kierkegaard Argentina dirigido por quien esto firma e integrado por María José Binetti, Carlos Raúl Cordero, Óscar Alberto Cuervo y Ana María Fioravanti.

6. *Ejercitación del cristianismo*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Trotta, Madrid, 2009.

Hemos respetado el empleo de las cursivas y también de las rayas o guiones largos del original porque, además de tener las funciones conocidas en nuestro idioma, en danés sirven para expresar que algo insospechado sigue a continuación.

Hemos optado asimismo por una traducción literal, sin desmedro de unas pocas licencias estilísticas que sólo buscaban facilitar la lectura en voz alta que nos propone Kierkegaard en el Prefacio.

PARA UN EXAMEN DE SÍ MISMO RECOMENDADO A ESTE TIEMPO

PREFACIO

¡Mi querido lector!, ¡lee, en lo posible, en voz alta! Si lo haces, déjame agradecértelo; si no sólo lo haces tú, sino que mueves a otros a lo mismo, ¡déjame agradecérselo a cada uno de ellos y a ti una y otra vez! Al leer en voz alta, recibirás con más fuerza la impresión de que tendrás que habértelas únicamente contigo mismo, no conmigo, «que no tengo autoridad», ni tampoco con otros, lo que sería distracción.

1.º de agosto de 1851

S. K.

I

EPÍSTOLA DE SANTIAGO 1, 22 HASTA EL FINAL

UNA OBSERVACIÓN PRELIMINAR

Hay una palabra que con frecuencia me viene a la mente, la palabra de un hombre de quien no puede afirmarse que cristianamente le deba algo, pues era un pagano, pero a quien personalmente creo deberle tanto, alguien que también vivió bajo circunstancias que, según mi parecer, se corresponden del todo con las condiciones de nuestro tiempo: me refiero al sencillo sabio de la Antigüedad[1]. De él se cuenta que, cuando había sido acusado ante el pueblo, se le acercó un orador[2] que le entregó un discurso de defensa cuidadosamente preparado pidiéndole que lo aprovechara. El sabio sencillo lo recibió y lo leyó. Luego lo devolvió al orador, diciendo: Es un discurso bello y bien hecho (es decir, no lo devolvió porque el discurso fuera desafortunado ni malo), pero —continuó— he cumplido setenta años y no me parece apropiado aprovecharme del arte de un orador. ¿Qué quiso decir? En primer lugar, quiso decir: mi vida es demasiado seria como para ser sostenida por el arte de un orador; he entregado mi vida; y aunque no me condenaran a perderla, he entregado una vida, y al servicio del dios he cumplido mi misión: no dejéis ahora que en el último instante aniquile la impresión de mí mismo y de mi vida con la ayuda de los oradores con arte o de las artes oratorias. En segundo lugar, quiso decir: los pensamientos,

1. Es la forma habitual en que Kierkegaard menciona a Sócrates.
2. Lysias.

las representaciones, los conceptos que durante veinte años (tanto fue el tiempo), siendo conocido por todos, ridiculizado por nuestros poetas cómicos[3], considerado como un tipo raro, atacado constantemente por «anónimos» (ésa es su palabra[4]), he desarrollado en diálogo con el primero que se me presentara en la plaza — estos pensamientos son mi vida, me han ocupado en todo momento, y si no han ocupado a nadie más, a mí me han ocupado infinitamente; y cuando yo, lo que ha llamado en extremo vuestra atención, a veces he podido estar todo un día con la mirada fija en el vacío, eran estos pensamientos los que me ocupaban. Por tanto pienso también que sin la ayuda de oradores con arte o de las artes oratorias, si en el día del juicio todavía tengo la intención de decir algo, puedo decir un par de palabras; pues la circunstancia de que presumiblemente seré condenado a perder la vida no cambia la situación, lo que diga naturalmente será lo mismo y acerca de lo mismo y del mismo modo que hasta ahora, y tal como ayer hablé con un vendedor de pieles en la plaza: pienso que podré decir este par de palabras sin preparación ni ayuda de otros. Se entiende que sin preparación no estoy, dado que me he preparado durante veinte años y sin ayuda tampoco estoy, dado que cuento con la ayuda del dios. Pero, como se dijo, este par de palabras... sí, no lo niego, podrían multiplicarse; si me dieran otros veinte años, seguiría hablando acerca de lo mismo que siempre he hablado, pero los oradores con arte y las artes oratorias no son para mí. — ¡Oh, tú, el serio! Menospreciado, debiste vaciar la copa de veneno; no fuiste comprendido. Entonces, tú moriste. Durante más de dos mil años has sido admirado, «pero ¿habré sido comprendido?» ¡es la verdadera pregunta!

Y ahora ¡hablemos de la predicación! ¿No debería ser algo igualmente serio? El que tiene que predicar debe vivir

3. Entre otros, presumiblemente, Aristófanes, en *Las nubes*.

4. En su *Apología de Sócrates*, Platón refiere que Sócrates lo habría expresado de este modo: «Y lo más desconcertante es que ni siquiera dieron la cara, por lo que es imposible conocer todos sus nombres, a excepción de cierto autor de comedias».

en los pensamientos y representaciones cristianos, en esto debe consistir su vida cotidiana — cuando es así, y es el sentido del cristianismo, entonces tendrás también la elocuencia suficiente, y justo la que se necesita, cuando hables espontáneamente sin mayor preparación. Falsa elocuencia, por el contrario, es la que muestra quien, sin ocuparse, sin vivir en estos pensamientos, de vez en cuando primero se sienta y los recoge con cuidado quizás en el campo de la literatura, y después los combina en un discurso bien elaborado que se aprende de memoria y se pronuncia a la perfección, tanto en lo que se refiere al tono de voz como a la dicción y al movimiento de los brazos. No, así como en las casas bien instaladas no se necesita bajar las escaleras para buscar agua, sino que ya tiene suficiente presión como para que arriba alcance con girar un grifo, así también un auténtico orador cristiano, puesto que lo cristiano es su vida, en cada instante tendrá presente, al alcance de la mano, la elocuencia, precisamente la verdadera elocuencia — no se sigue naturalmente de esto que la intención sea asignarles el lugar de honor a los charlatanes, por más que sea cierto que éstos parlotean sin preparación. Es más, la Escritura dice: no juréis en absoluto, que vuestro hablar sea «sí» y «no»; lo que va más allá de esto procede del mal[5]; así también hay un arte de la elocuencia que procede del mal, si se lo considera lo más alto en tanto que es lo más bajo. Pues la predicación no debe de manera discordante acentuar la separación entre los talentosos y los no talentosos; debe, en la unidad del Espíritu Santo, fijar la atención pura y exclusivamente en que se debe actuar de acuerdo con lo que se ha dicho. Tú, el sencillo, y aun cuando fueras de todos el más limitado — si tu vida expresa lo poco que has entendido, ¡hablas con mayor fuerza que la elocuencia de todos los oradores! Y tú, oh mujer, aunque enmudecieras del todo en agraciado silencio — si tu vida expresa lo que has escuchado, ¡tu elocuencia será más fuerte, más verdadera, más convincente que el arte de todos los oradores!

5. *Mateo* 5, 34.37.

Esto es así. Pero fijémonos en no apuntar demasiado alto; pues de que sea verdad no se sigue que seamos capaces de hacerlo. Y tú, oyente mío, reflexionarás que cuanto más alto se considera lo religioso tanto más severo se vuelve; pero de ahí no se sigue que puedas soportarlo, quizás hasta sea para ti motivo de escándalo y perdición. Quizá necesites esta forma inferior de lo religioso, que se emplee cierto arte en la presentación para hacerlo más atractivo. Para el religioso severo, la vida es esencialmente acción, y su presentación es en cambio mucho más frontal y firme que el discurso elaborado con el mayor cuidado. Oyente mío, si tú piensas así, recibe estas palabras y léelas para tu edificación. No es por mi perfección ni por la tuya por lo que el discurso está tan elaborado; por el contrario, desde el punto de vista divino, es imperfección y debilidad. Lo reconozco, incluso ante ti, ¿acaso no es cierto? Entonces tú también lo reconocerás, no ante mí, esto no es necesario, sino ante ti mismo y Dios. Ay, nosotros que nos llamamos cristianos estamos, desde el punto de vista cristiano, tan consentidos, tan lejos de estar muertos para el mundo como el cristianismo exige de quienes quieran llamarse cristianos; a duras penas tenemos una idea de esta clase de seriedad. Aún no podríamos prescindir de renunciar a lo artístico y su atenuación ni soportar la verdadera impresión de la realidad: ahora bien, seamos al menos honestos y reconozcámoslo. Si alguien no entiende de inmediato lo que aquí digo y a qué apunto: que sea lento para juzgar, que dé tiempo, ya nos introduciremos más a fondo en el tema. Oh, pero quienquiera que seas, ten confianza, entrégate; recurrir al poder ni se me ocurre, a mí, de todos el más impotente; no se recurrirá a la más mínima persuasión, picardía, astucia o trampa para llevarte tan lejos que tuvieras que arrepentirte de haberte entregado (cosa que en el fondo tampoco deberías hacer, y, si tu fe fuera mayor, tampoco querrías). Créeme (lo digo para mi propia vergüenza), yo mismo estoy demasiado consentido.

EL APÓSTOL SANTIAGO ESCRIBE EN SU EPÍSTOLA

1, 22 hasta el final

Pero sed hacedores de la Palabra, y no tan sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va y luego olvida cómo era. Mas el que se mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña a su corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.

ORACIÓN

¡Padre en los cielos!, ¡qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que te preocupes por él — y en todas las formas, en todos los sentidos! En verdad, en nada te has dejado a ti mismo sin testimonio; y al final le diste al hombre tu Palabra. Más no podías hacer. Obligarlo a hacer uso de ella, leerla o escucharla, obligarlo a actuar de acuer-

do con ella: eso no podías quererlo. Oh, y no obstante haces más. Pues Tú no eres como el hombre; éste rara vez hace algo por nada, y si hace algo por nada al menos no quiere que le cause ninguna molestia. Tú, por el contrario, oh Dios, Tú das tu palabra como un don; esto lo haces Tú, el infinitamente elevado — y los hombres no tenemos nada para dar a cambio. Y si encuentras tan sólo un poco de buena voluntad en el individuo singular, enseguida estás dispuesto, y eres aquél que primero con paciencia más que humana, sí, con paciencia divina, te sientas a descifrar con el individuo singular para que pueda entender la Palabra rectamente; y que después otra vez con paciencia más que humana, sí con paciencia divina, lo tomas como si fuera de la mano para ayudarlo, cuando se empeña en actuar de acuerdo con ella — ¡Tú, nuestro Padre en los cielos!

Los tiempos son distintos; y si bien a menudo sucede con los tiempos como con un hombre, que se transforma completamente — pero sigue siendo igual de malo, sólo que con una nueva figura; sin embargo, es igualmente cierto que los tiempos son distintos; y tiempos distintos exigen lo distinto.

Hubo un tiempo en que el Evangelio, «la gracia», se había convertido en una nueva ley, más severa que la antigua para los hombres. Todo se había vuelto atormentador, arduo y desagradable, casi como si —a pesar del canto de los ángeles por la llegada del cristianismo— ya no hubiera ninguna alegría ni en el cielo ni en la tierra. Con mezquinas autotorturas —¡así se toma venganza!— se había vuelto mezquino también a Dios. Se iba al claustro, se permanecía allí, sí, es cierto; se hacía voluntariamente y sin embargo era servidumbre, pues no era en verdad voluntario; no se estaba en absoluto de acuerdo consigo mismo ni contento de estar allí ni libre, aunque tampoco se tenía el valor de no entrar o de abandonar el claustro y ser libre. Todo se reducía a obras. Y como tumores malignos en los árboles, así estas obras se echaron a perder por tumores malignos, de modo que con frecuencia sólo quedaban la hipocresía, la jactancia de haber hecho

algo meritorio, la futilidad. Ahí es donde reside el error, no tanto en las obras. Pero no exageremos, no aprovechemos el extravío del pasado para un nuevo extravío. No, saquemos lo maligno y lo no verdadero de las obras y conservemos solamente las obras en honestidad, en humildad, en acción útil. Así tenía que ser con estas obras, como cuando por ejemplo un joven guerrero, ante una peligrosa empresa, se presenta voluntariamente y le pide al superior diciendo: Oh, ¿no se me permitiría participar en ella? Si un hombre, de este modo, quisiera decirle a Dios: «Oh, ¿no se me permitiría dar todos mis bienes a los pobres? No, no es que esto sea algo meritorio; reconozco profundamente humillado que, si alguna vez me salvo, será por gracia, tal como el ladrón en la cruz, pero ¿no se me permitiría hacerlo para trabajar por la extensión del reino de Dios entre mis semejantes?» — entonces, sí, entonces esto es, para hablar al modo de Lutero, a pesar de Satanás, a pesar de los periódicos, a pesar del público más honorable (pues el tiempo del Papa ya pasó), a pesar de todas las razonables objeciones, espirituales o mundanas, de hombres y mujeres sensatos, entonces esto es agradable a Dios. Pero no era así en el tiempo del que hablamos.

Entonces apareció un hombre, Martín Lutero, de parte de Dios y con fe; con fe (pues en verdad para esto se necesitaba fe) o por fe instaló la fe en sus derechos. Su vida se expresó en las obras, no lo olvidemos nunca, pero dijo: el hombre sólo se salva por la fe. El peligro era grande. De lo grande que era a los ojos de Lutero, no conozco expresión más fuerte que su decisión de dejar a un lado al apóstol Santiago para poner orden en el asunto[1]. Imagínate el respeto

1. En su Prefacio al Nuevo Testamento, Martín Lutero atribuye diferentes grados de valor doctrinal a varios de los libros que lo componen, escribiendo: «El Evangelio de San Juan y su primera Epístola, las epístolas de San Pablo, especialmente Romanos, Gálatas, Efesios, y la Epístola de San Pedro — éstos son los libros que te enseñan sobre Cristo, y te enseñan todo lo que es necesario y bendito que sepas, aun si tú nunca vieras u oyeras ningún otro libro de doctrina. Por lo tanto, la epístola de Santiago es una perfecta epístola de paja comparada con ellas, porque no tiene en sí nada de sustancia evangélica».

de un Lutero por un apóstol — ¡y sin embargo tener que atreverse a esto para instalar la fe en su derecho!

¿Qué sucedió mientras tanto? Hay siempre una mundanidad que quiere llamarse cristiana, pero que desea llegar a serlo por el menor precio posible. Esta mundanidad prestó atención a Lutero. Escuchó, por precaución escuchó otra vez, no fuera que hubiese escuchado mal, y entonces dijo: «Magnífico, esto es algo para nosotros; Lutero dice: solamente importa la fe; que su vida se expresa en las obras él no lo dice, y ahora que está muerto, ya no es realidad. Tomemos entonces su palabra, su enseñanza — y quedaremos libres de todas las obras. Viva Lutero: *wer nicht liebt Weiber, Wein, Gesang, Er wird ein Narr sein Leben lang*[2]. Éste es el significado de la vida de Lutero, este hombre de Dios que, conforme a su tiempo, reformó el cristianismo». Y aunque no todos hayan tomado a Lutero mundanamente en vano — hay en todo hombre una inclinación a, *o bien*, cuando deben realizarse obras, querer hacer méritos, *o bien*, cuando deben hacerse valer la fe y la gracia, quedar en lo posible eximidos de las obras. El «hombre», esta criatura racional de Dios, no se deja embaucar; no es un campesino recién llegado a la ciudad, él tiene los ojos bien abiertos. «No, una de dos», dice el hombre, «si se trata de las *obras*: bien, pero en ese caso, debo pedir la ganancia que me corresponde legítimamente por mis obras, para que la cosa sea redituable. Si se trata de la *gracia*: bien, pero entonces debo pedir que se me exima de las obras, de lo contrario no es gracia. Si se trata de obras y además de gracia, es una locura». Sí, ciertamente es una locura; también lo era el verdadero luteranismo, justamente por su cristianismo. La exigencia del cristianismo es: tú deberías esforzarte lo más posible para que tu vida se manifieste en obras; y se exige luego una cosa más, que te humilles y reconozcas: aun así, por gracia soy salvado. Se aborrecía el extravío de la Edad Media: el mérito. Pero si se observa la

2. Esta frase, citada en alemán, significa: «Quien no ama mujeres, vino y canciones será un tonto toda su vida» y suele atribuirse erróneamente al propio Martín Lutero.

cuestión más a fondo, se verá con facilidad que se le daba al mérito de las obras una importancia quizá mayor que en la Edad Media; y sin embargo, se usó la «gracia» para eximirse de las obras. Una vez abolidas las obras, ya no se podía ser tentado a considerar las obras, que no se hacen, como algo meritorio. Lutero quiso quitar «el mérito» de las obras y conferirles algo distinto justamente en el sentido de testimoniar la verdad; la mundanidad, que entendió a Lutero a fondo, eliminó completamente el mérito — y también las obras.

¿Y dónde estamos ahora? Yo no tengo «ninguna autoridad»; lejos de mí juzgar a alguien. Pero dado que, de todas maneras, deseo iluminar este caso, voy a tomarme a mí mismo y por un instante examinar mi vida según una determinación luterana de la fe: la fe es algo inquietante. Supongo entonces que Lutero se ha levantado de su tumba, que hace ya varios años que ha vivido entre nosotros pero desconocido, que ha observado la vida que llevamos, que ha prestado atención a todos y por tanto también a mí. Supongo ahora que un día me habla y me dice: «¿Eres creyente, tienes fe?». Cualquiera que me conozca como escritor, verá que yo soy quizá de todos quien saldría mejor parado de un examen por el estilo, pues siempre he dicho: «Yo no tengo fe» — como la huida temerosa de un pájaro ante una tormenta, así he expresado como un presentimiento: «yo no tengo fe». Esto es lo que podría decirle a Lutero, decirle: «No, querido Lutero, he mostrado veneración al decir: yo no tengo fe». Sin embargo, no quiero alegar tal cosa; pero como todos los demás se llaman cristianos y creyentes, voy a decir también: «yo soy creyente», pues de lo contrario, no se me aclararía lo que deseo que sea aclarado. Entonces, respondo: «Sí, soy creyente». «¿Cómo?», responde Lutero, «pues no he notado nada en ti a pesar de haber observado tu vida; y ya sabes, la fe es algo inquietante. ¿Hasta qué punto la fe que dices tener te ha inquietado? ¿Dónde has dado testimonio de la verdad y dónde contra la mentira? ¿Qué sacrificios has hecho? ¿Cuánta persecución has sufrido por tu cristianismo? Y en tu casa, en la vida hogareña, ¿dónde se han hecho notar la abnegación y la renuncia?». «Sí, pero, querido Lutero, puedo asegurarte

que tengo fe». «Asegurar, asegurar, ¿qué clase de discurso es ése? En relación con tener fe, no es necesario asegurarse de que se tiene (pues la fe es algo inquietante y se nota enseguida) y no hay seguridad que ayude, si no se tiene fe». «Sí, pero ¡si al menos quisieras creerme! Puedo asegurarte con la mayor solemnidad...». «¡Oh, déjate de tonterías! ¿De qué sirven tus seguridades?». «Sí, si al menos leyeras uno de mis escritos, verías que puedo exponer la fe; y por lo tanto, sé que puedo tenerla». «¡Creo que este hombre está loco! Si es verdad que puedes exponer la fe, eso sólo demuestra que eres un poeta y, si lo haces bien, que eres un buen poeta, pero de ninguna manera que seas un creyente. Quizá puedas también llorar cuando expones la fe; lo que demostraría que eres un buen actor. Seguramente recuerdas la historia del actor de la Antigüedad que a tal punto lograba encarnar lo conmovedor que incluso lloraba cuando volvía del teatro a su casa y lo hacía varios días seguidos — lo que sólo demostraba que era un buen actor. No, amigo mío, la fe es algo inquietante; es salud, pero más fuerte y más intensa que la fiebre más ardiente y no ayuda que un enfermo quiera asegurar: 'no tengo fiebre', cuando el médico lo nota por el pulso, pero tampoco que un sano quiera decir 'tengo fiebre', cuando el médico al tomar el pulso siente que no es cierto — del mismo modo, cuando no se siente el pulso de la fe en tu vida, tampoco tienes fe. Cuando por el contrario se percibe la inquietud de la fe como el pulso de tu vida, entonces se te puede decir que tienes fe y que 'testimonias' la fe. Y esto es entonces propiamente predicar; pues predicar no es predicar la fe en libros, ni tampoco presentarla como orador en las 'horas silenciosas'; en realidad, como he dicho en un sermón, 'no se debería predicar en las iglesias sino en la calle', y tampoco debería haber un orador sino un testigo, esto es: la fe, esta cosa inquietante, debe manifestarse en su vida».

Sí, la fe es algo inquietante. Permitidme, para atraer la atención a este respecto, presentar la inquietud de la fe en un héroe de la fe o en un testigo de la verdad. Entonces hay una realidad dada; la hay por cierto a cada instante. Estos miles y miles y millones se ocupan cada uno de lo suyo; el

funcionario se ocupa de lo suyo; el erudito se ocupa de lo suyo y el artista, de lo suyo; el comerciante, de lo suyo; el difamador, de lo suyo; el haragán, no menos atareado, de lo suyo, y así sucesivamente. Cada uno se ocupa de lo suyo en este juego cruzado de lo múltiple que es la realidad. Mientras tanto, está sentado, como ahora Lutero, en una celda de un convento o en una habitación apartada — en fin, así, sentado aparte, hay un hombre solitario en temor y temblor y mucha tribulación. ¡Un hombre solitario! Sí, ésta es la verdad. Es una falsedad lo que estos tiempos han inventado, que es de la cifra (lo numérico), de la multitud o del altamente respetado y altamente respetado público culto, de donde proceden las reformas — quiero decir, las reformas religiosas; pues en el alumbrado público o en el transporte, es mejor que las reformas procedan del público, pero que una reforma religiosa tenga que proceder del público es una falsedad y, desde el punto de vista cristiano, una falsedad subversiva. Por lo tanto, he ahí sentado un hombre solitario lleno de tribulación. Quizá goce yo de cierto reconocimiento en mi tiempo como experto en almas (psicólogo); puedo atestiguar que he visto hombres de quienes me atrevo a decir: seguro que han estado muy expuestos a tentaciones, pero nunca he visto a nadie de quien pudiera atreverme a decir: éste es probado por la tribulación. Y, no obstante, un año expuesto a la tentación no es nada comparado con una hora pasada en tribulación. Así pues, está sentado aquel hombre solitario; está sentado o, si quieres, camina de aquí para allá como un león enjaulado. Y, sin embargo, aquello de lo que es prisionero es maravilloso, es de Dios o por Dios prisionero de sí mismo. — Y ahora tiene que instalarse en la realidad aquello por lo que ha sufrido en la tribulación. ¿Crees tú que tiene ganas de eso? En verdad que quienquiera que venga por estos caminos, ten por seguro que no ha sido llamado. No hay ninguno de los llamados que no haya preferido evadirse, no hay ninguno que no haya rogado por sí mismo, como un niño que pide y ruega por sí mismo; pero no ha servido de nada, tiene que seguir adelante. — Sabe entonces que en el momento en que dé el paso surgirá el horror. El que no ha sido llamado — en el

momento en que surge el horror, se angustia tanto que retrocede. Pero el llamado — oh, amigo mío, más que gustoso retrocedería, estremeciéndose ante el horror, pero al darse la vuelta para escapar, él ve — él ve un espanto aún mayor detrás de sí, el espanto de la tribulación, él tiene que seguir adelante — entonces sigue adelante; ahora está tranquilo, oh, pues el espanto de la tribulación es un terrible maestro de la disciplina que puede dar coraje. — Surge el horror. Todo lo que pertenece por completo a la realidad dada se arma contra este hombre de las tribulaciones a quien, sin embargo, no se puede atemorizar y esto, aunque parezca extraño, porque está lleno de temor — ante Dios; lo atacan, lo odian, lo maldicen. Los pocos que lo aprecian le gritan: «Oh, cuídate, te haces y nos haces a todos infelices; oh, basta ya, no acrecientes el horror, detén la palabra que tienes en la punta de la lengua, o mejor, retráctate de la última». Oh, oyente mío, la fe es algo inquietante. ¿Acaso predico el tumulto, la subversión de todo, el desorden? En verdad, no. Quienquiera que no conozca mi obra de escritor debe conformarse con esta afirmación. Quienquiera que conozca mi obra de escritor debe saber que he trabajado en el sentido contrario.

Pero, desde el punto de vista cristiano, hay dos clases de desorden: uno es el tumulto, el alboroto de la exterioridad. El otro desorden es la quietud de la muerte, la extinción; y éste es quizás el más peligroso.

Contra éste he actuado, y he actuado para despertar inquietud con vistas a la interiorización. Permítaseme determinar con precisión, por así decir, dónde estoy. Hay entre nosotros un reverendísimo anciano, el jefe religioso de esta iglesia[3]; lo que él, lo que su «predicación» ha querido es lo mismo que yo quiero, sólo que en un tono más fuerte, que radica en la diferencia de mi personalidad y en lo que demanda la diferencia de los tiempos. Hay entre nosotros algunos que pretenden ser cristianos en el sentido más estricto y serlo en contraposición a nosotros, los demás: a ellos no he podido unirme. Por una parte, pienso que su vida no responde a la medida que ellos mismos le proponen o bien le obligan a aplicar a uno, al acentuar tan fuertemente que son cristianos — aunque esto es para mí lo menos importante. Por otro lado, yo soy muy poco cristiano para osar unirme a alguien con tal pretensión. Por más que quizás estuviera un poco — pues sí, aunque así fuese, aunque quizás estuviera no poco más adelantado que muchos del término medio entre nosotros: sólo estoy más adelantado como poeta, es decir, sé mejor lo que es el cristianismo, sé mejor cómo presentarlo, oh, pero ésta es (¡recuerda lo que me dijo Lutero!) una diferencia muy poco importante. Esencialmente, pertenezco al término medio. Y aquí es donde he trabajado por la inquietud con vistas a la interiorización.

3. Se refiere al obispo Mynster.

Pues desde el punto de vista cristiano, hay dos clases de verdadera inquietud. La inquietud de los héroes de la fe y la de los testigos de la verdad, que apunta a reformar lo establecido. Tan lejos, nunca me he aventurado; no es para mí. Y si alguno en este tiempo parecía tener la intención de aventurarse tan lejos, no he tenido inconveniente en polemizar con él para contribuir a dejar en claro si era el indicado. La otra clase de inquietud concierne a la interiorización. Así también, un verdadero enamoramiento es algo inquietante, pero al enamorado no se le ocurre cambiar lo establecido.

Por esta inquietud con vistas a la interiorización, he trabajado. Pero «sin autoridad». En lugar de ufanarme en vano de ser un testigo de la verdad y proponer a otros que temerariamente quieran ser lo mismo, soy un poeta desautorizado que conmueve con ayuda de los ideales. Como, por ejemplo, ahora que daré enseguida un ejemplo con el que voy a mostrar, además, cómo entre otras cosas también me valgo de los héroes de la fe. Tú, oyente mío, te llamas cristiano. Ahora bien, y tú lo sabes, qué es lo más determinado de todo y a la vez lo más indeterminado: la muerte, que también un día se acercará a ti y será tu muerte. Sin embargo, eres un cristiano, es decir, que tú esperas y crees que serás bienaventurado, tan bienaventurado como un testigo de la verdad o como un héroe de la fe, quienes no obstante han debido comprar el ser cristianos con una medida totalmente diferente. Quizá,

por eso, alguien que tuviera autoridad te hablaría de una manera totalmente distinta y te diría para aterrorizarte que estás en la ilusión de ser cristiano, y que te irás al infierno. Lejos de mí el presentar esto como una exageración por parte de quien tiene autoridad; no, comprendo demasiado bien a qué esfuerzo es necesario atreverse para arriesgarse a poner a otro ante semejante *o lo uno o lo otro*. Pero yo, el desautorizado, no me atrevo a hablar de este modo; creo que tú serás tan bienaventurado como un testigo de la verdad y un héroe de la fe. Sin embargo, te digo: compara tu vida con la de uno de aquéllos. ¡Repara en lo que él ha debido sacrificar, él, que lo sacrificó todo, lo que en un primer momento resulta más duro de sacrificar y que a la larga resulta más duro haber sacrificado! ¡Piensa en lo que él ha sufrido, cuán doloroso y cuán prolongado! ¡Oh! Si tú vives feliz en un hogar amado, si tu esposa está dedicada a ti con todo su corazón y todas sus fuerzas, si tus hijos te dan alegría: repara en lo que significa vivir día tras día en esta paz y descanso, tan benéficos para el alma humana, ¡más benéficos que la iluminación más tenue del atardecer para quien sufre de los ojos!; y repara en que ésta es tu vida cotidiana — ¡y piensa entonces en el testigo de la verdad! Y si vives, no en la ociosidad, lejos de ello, sino de manera que tu tarea requiere tu tiempo, tu aplicación, tu fuerza, pero de modo que tanto tienes descanso después del trabajo como que el trabajo mismo muchas veces resulta un pasatiempo refrescante; y si vives, aunque no en la opulencia, pero sí con un ingreso abundante; y si tienes tiempo para tantos placeres reconfortantes que llenan tu tiempo y te dan nuevas ganas de vivir; y si, en fin, tu vida es un tranquilo placer cotidiano — oh, su vida fue un penoso sufrimiento cotidiano: entonces vosotros dos morís ¡y llegáis a ser igualmente bienaventurados! Y si tú, pasando felizmente inadvertido, puedes alegrarte de la vida, y sin ser molestado, inadvertido puedes ser tú mismo; y si tú precisamente por vivir pasando inadvertido, tan a menudo tienes la ocasión de conocer a los hombres por su lado mejor, más bueno y amable; y si tú, cuando te mueves entre la multitud, te encuentras con el extraño que ni te conoce o con la mirada benévola y compasiva de

quienes te conocen; y si tú, cuando tienes la oportunidad de hacer un favor, un beneficio a otro hombre, eres recompensado con tanta alegría que la pregunta sería si en realidad no te haces un favor a ti mismo; y si tú, que comprendes fácilmente tu vida, puedes difícilmente comprender a los otros y ser comprendido por los otros: oh, el día a día (lo que es inseparable de su obrar) debía como dejarse triturar y devorar por este cotorreo humano que, siempre hambriento, siempre apetece algo de qué hablar; él, año tras año y diariamente, se vio urgido, obligado a conocer a los hombres del lado bestial, por decir lo menos; e incluso, a veces, del lado de una corrupción profunda; debía continuamente asegurarse de que todos lo conocieran y saberlo por el hecho de encontrar animosidad, oposición, encono, desprecio, etc., en la mirada de cada uno; él hizo el bien a toda su época y fue recompensado con las maldiciones de toda su época; en los tormentos de la tribulación, debía llegar a una comprensión de su vida y luego debía, día tras día, abrirse camino trabajosamente a través de los malentendidos de sus contemporáneos y todos los tormentos del malentendido — — entonces vosotros dos morís ¡y llegáis a ser igualmente bienaventurados! Reflexiona sobre esto y ¿no es cierto que te dirás a ti mismo lo que yo me digo?: ya sea que en realidad no me arriesgue a ir tan lejos o que animándome no me arriesgue en absoluto, una cosa haré y, aunque por lo demás esté muy ocupado, me buscaré tiempo para recordar cada día a estos gloriosos. ¡Oh, me parece una injusticia que clama al cielo que los dos seamos igualmente bienaventurados! ¡Pero por lo menos mi vida tendrá que ser un recuerdo de ellos! — Y mira, aquí tienes de inmediato un ejemplo de un movimiento que es inquietud en dirección a la interiorización.

Y esta inquietud es lo menor, la forma más suave y más baja de piedad. Y sin embargo, ¿crees tú que somos tan perfectos como para no necesitar que se trabaje en esta dirección? ¡Recuerda cómo me fue con Lutero! Que a los otros les ocurriera lo mismo, si Lutero viniese a ellos, no lo sé.

Pero imagínate a Lutero en nuestro tiempo, atento a nuestra situación, ¿no crees que diría lo mismo que dijo en un

sermón: «El mundo es un campesino borracho que cuando se lo ayuda a montar en el caballo desde un costado se cae por el otro»? ¿No crees que diría: el apóstol Santiago debe ser rescatado, no por las obras contra la fe, no, no, éste tampoco era el propósito del apóstol, sino por la fe, para lograr en lo posible que la necesidad de la «gracia» se sienta profundamente en una interioridad de veras humilde y para impedir en lo posible que la fe y la gracia, como lo único que salva y lo único que bendice, sean tomadas en vano y se conviertan en pretexto para una mundanidad más refinada? Lutero —¡este hombre de Dios, esta alma honesta!— pasó por alto o quizás olvidó cierta cosa que una época posterior y especialmente la nuestra quizás acentúan con demasiada fuerza. Él olvidó —otra vez ¡tú, el honesto!— él olvidó lo que era demasiado honesto para saber por sí mismo, alma honesta como él era, olvidó lo que yo, y no a causa de mis virtudes sino a causa de la verdad, debo destacar. El luteranismo es excelente, es la verdad. En relación con esta excelencia de lo luterano, tengo un solo reparo. Éste no concierne al luteranismo, no; me concierne a mí: estoy convencido de que no soy un alma honesta sino un tipo astuto. Entonces quizá lo más correcto sea tener un poco más de cuidado con la proposición subordinada (las obras, la existencia, el testimoniar y sufrir por la verdad, las obras del amor, etc.), la proposición subordinada en lo luterano. No para convertir la proposición subordinada en principal ni para eliminar o rebajar la fe y la gracia, Dios no lo permita, no, justamente por causa de la proposición principal y porque soy como soy quizá lo más correcto sea tener un poco más de cuidado con la proposición subordinada en lo luterano — pues en relación con las «almas honestas» no es necesario hacer nada.

Y Santiago dice: no seáis sólo oidores de la Palabra, sino también sus hacedores.

Pero para ser sus hacedores, primero hay que ser su oidor o lector, cosa que Santiago también dice.

Y así llegamos a nuestro texto.

Entonces hablaremos de:

¿Qué se requiere para que sea una verdadera bendición mirarse a sí mismo en el espejo de la Palabra?

Ante todo se requiere que tú no veas el espejo, que no mires el espejo, sino que te veas a ti mismo en el espejo.

Esto parece tan evidente que podría creerse que no hace falta decirlo. Sin embargo, es necesario hacerlo. Lo que me confirma en mi opinión es que esta observación no procede de mí; tampoco de lo que hoy día llamamos un hombre piadoso, un hombre de sentimientos piadosos, sino de un testigo de la verdad, un mártir, y se supone que estos gloriosos saben de lo que hablan.

Él[4] advierte contra el error de mirar el espejo, en lugar de verse a sí mismo en el espejo. Yo aprovecho la observación y te pregunto, oyente mío, si no parece destinada a nuestros tiempos y circunstancias y, sobre todo, a los tiempos más recientes de la cristiandad; pues la «Palabra de Dios» es el espejo: pero, pero... — ¡oh, incalculable fárrago!: ¿cuánto pertenece, en el sentido más estricto, a la «Palabra de Dios», qué libros son auténticos, si son también de los apóstoles y si éstos son también dignos de confianza, si ellos mismos han visto todo o si quizás en relación con ciertas cosas sólo lo han escuchado de otros; y ahora las variantes, 30.000 variantes distintas; y entonces esta multitud o aglomeración de eruditos y opiniones, y opiniones eruditas y no eruditas sobre cómo entender cada pasaje... ¿no es cierto que esto parece bastante farragoso? La Palabra de Dios es el espejo — al leer y escuchar tengo que verme en el espejo: pero, mira, esto del espejo se confunde tanto que nunca logro reflejarme — al menos no cuando tomo este camino. Uno casi podría verse tentado a suponer que aquí está en juego toda la malicia humana (ay, y cierto es que nosotros los hombres, en relación con Dios y lo divino y la verdad temerosa de Dios, somos tan maliciosos...; no es en absoluto como solemos decirnos los unos a los otros, que estaríamos dispuestos a hacer la voluntad de Dios si tan

4. Es decir, Santiago.

sólo pudiéramos conocerla), uno casi podría verse tentado a suponer que esto es malicia, que los hombres no queremos vernos en aquel espejo, y por eso hemos inventado todas estas cosas que amenazan con hacer imposible el espejo, todas estas cosas que honramos con los nombres elogiosos de investigaciones y reflexiones eruditas profundas y serias.

Oyente mío, ¿cuánto aprecias la Palabra de Dios? No digas ahora que la aprecias tanto que ninguna palabra podría expresarlo, pues también se puede hablar con tanto énfasis que no se diga nada; por eso, para llegar a algo, consideremos una simple relación humana. Si tú aprecias aún más la Palabra de Dios, tanto mejor.

Imagínate a un enamorado que ha recibido una carta de su amada — tan preciosa como es esta carta para el enamorado, tan preciosa, supongo yo, es esta carta para ti, la Palabra de Dios; así como el enamorado lee esta carta, así, supongo yo, tú lees y tú entiendes que debes leer la Palabra de Dios.

Pero quizá digas: «Sí, pero la Sagrada Escritura está escrita en un idioma extraño». En realidad, son más bien los eruditos quienes necesitan leer la Escritura en el idioma original; pero, si tú no lo quieres de otro modo, si quieres insistir en que debes leer la Escritura en el idioma original, bien, podemos quedarnos con la imagen de la carta de la amada, y sólo agregar una pequeña precisión.

Supongo entonces que esta carta de la amada está escrita en un idioma que el enamorado no entiende; y no hay nadie que se la pueda traducir y quizás él ni siquiera desee tal ayuda para evitar que un extraño conozca sus secretos. ¿Qué hace entonces? Toma un diccionario, se sienta a descifrar la carta, busca en él cada palabra para lograr así una traducción. Supongamos ahora que, mientras está ocupado con esta tarea, llega un conocido suyo, que sabe que esta carta ha llegado, mira hacia la mesa, la ve ahí y dice: «Mmm... ¿estás leyendo la carta que recibiste de tu amada?». ¿Qué crees tú que dirá el otro? Responderá: «¡Estás loco si crees que estoy leyendo una carta de mi amada! No, amigo mío, estoy aquí quemándome las pestañas para poder traducirla con la ayuda de un diccionario y a veces estoy a punto de estallar de impaciencia, la sangre se me sube a la cabeza y me dan ganas de lanzar el diccionario al suelo — ¿y tú llamas a esto leer?, ¿te burlas de mí? Pronto, gracias a Dios, habré terminado con la traducción y entonces, sí, sólo entonces, podré leer la carta de la amada. Esto es otra cosa — pero a quién le estoy hablando..., pedazo de idiota, apártate de mi vista, no quiero ni verte, a ti que te atreviste a ofendernos de tal modo a mi amada y a mí que a esto le llamas leer una carta suya. Pero, quédate, quédate, sabes bien que es sólo una de mis bromas; me gustaría que te quedaras, pero sinceramente no tengo tiempo, todavía me queda algo por traducir y estoy ansioso de poder leerla — no te enfades, pero vete, y así termino de una vez».

Pues bien, el enamorado distingue, respecto de la carta de la amada, entre leer y leer, entre leer con el diccionario y leer la carta de la amada. La sangre se le sube de impaciencia a la cabeza mientras hace magia para leer con diccionario, se pone furioso cuando el amigo se atreve a identificar esta lectura erudita con la lectura de la carta de la amada. Ahora terminó la traducción — ahora lee la carta de la amada. Él consideraba todo este trabajo preparatorio erudito, si me permites, como un mal necesario que le haría posible llegar a — leer la carta de la amada.

No dejemos escapar esta imagen demasiado pronto. Supongamos que la carta de la amada no sólo contiene la declaración de un sentimiento, como hacen por lo general estas cartas, sino que contiene también un deseo, algo que la amada quiere que el amante haga. Era mucho, supongamos, lo que se exigía de él, tanto que un tercero diría que había buenas razones para vacilar, pero el amante se apresura de inmediato a cumplir el deseo de la amada. Supongamos que, al cabo de un tiempo, los amantes se encuentren y la amada diga: «Pero, querido, eso no te lo había exigido en absoluto; debes haber entendido o traducido mal esa palabra» — ¿crees que el amante entonces se arrepentiría de haberse apresurado a cumplir el deseo de inmediato, en lugar de tener algunas prevenciones y haber recurrido quizás a la ayuda de un par de diccionarios más? ¿No crees que de este modo primero habría conseguido aumentar las dudas y luego habría conse-

guido traducir la palabra correctamente para quedar libre de cumplir el deseo? — ¿crees tú que se arrepiente de su error? ¿crees tú que por ese error agrada menos a la amada? Imagínate a un niño, lo que se llama un discípulo aplicado y capaz; cuando el maestro les asigna la lección para el día siguiente, dice: vamos a ver si la sabéis bien para mañana. A nuestro aplicado discípulo, esto le produce una profunda impresión. Vuelve del colegio a casa y enseguida se entrega al trabajo. Pero él no ha escuchado con precisión hasta dónde tienen que estudiar; ¿qué hace? La exhortación del maestro le ha causado tal impresión que estudia el doble de lo que en realidad debía: ¿crees tú que el maestro lo tendrá en menos por haber estudiado muy bien una lección el doble de extensa? Imagina a otro discípulo; él también había escuchado la exhortación del maestro, y tampoco entendió con precisión hasta dónde tenía que estudiar. Cuando llegó a casa, dijo: primero debo averiguar cuánto tenemos que estudiar. Entonces, fue a la casa de uno de sus compañeros, después a lo de otro, que tampoco estaba en casa, pero se puso a hablar con un hermano mayor del compañero — y finalmente volvió a casa, y el tiempo había pasado ¡y no alcanzó a estudiar nada!

Por lo tanto, el enamorado, con respecto a la carta de la amada, distinguió entre leer y leer; además, entendió que, si la carta contenía un deseo, debía ponerse a cumplirlo de inmediato, sin un segundo que perder.

Considera ahora la Palabra de Dios. Cuando lees la Palabra de Dios en forma erudita —no despreciamos la erudición, no, ni mucho menos— pero recuérdalo bien: cuando lees la Palabra de Dios de manera erudita, con un diccionario, etc., no lees la Palabra de Dios — recuerda al enamorado que dijo: «Esto no es leer la carta de la amada». Si eres un erudito, ten cuidado, más allá de toda esta lectura erudita (que no es leer la Palabra de Dios), ten cuidado de no olvidar leer la Palabra de Dios. Si no eres un erudito, ¡oh, no lo envidies; alégrate de que de inmediato puedas ponerte a leer la Palabra de Dios!

Y si encuentras en ella un deseo, un mandamiento, una orden, entonces —¡recuerda al enamorado!— ve de inmediato a actuar en consecuencia. «Pero», dices quizás, «hay tantos pasajes oscuros en la Sagrada Escritura, libros enteros que casi son como enigmas». A esto, yo respondería: para tener en cuenta tal objeción, debería provenir de alguien cuya vida expresara que ha cumplido minuciosamente con todos los pasajes fáciles de entender. ¿Es éste tu caso? Así se comportaría el enamorado con la carta; si hubiera pasajes oscuros pero también deseos claramente expresados, diría: «Debo cumplir de inmediato con el deseo y después veré qué hago con los pasajes oscuros, ¡oh, por qué debería ponerme a reflexionar sobre los pasajes oscuros y dejar incumplido el deseo, el deseo que claramente entendí!». Esto significa que, cuando lees la Palabra de Dios, lo que te obliga no son los pasajes oscuros, sino lo que entiendes, y debes cumplirlo, cumplirlo de inmediato. Si hubiera un solo pasaje que entiendes en toda la Sagrada Escritura, pues bien, entonces primero tienes que cumplirlo, en lugar de sentarte a reflexionar antes sobre los pasajes oscuros. Si no lees la Palabra de Dios de modo que consideres que la menor migaja que entiendes te obliga de inmediato a actuar en consecuencia, entonces no lees la Palabra de Dios. Así pensó el enamorado: «Si yo, en lugar de correr de inmediato a cumplir el deseo que entiendo, me voy a sentar a reflexionar sobre lo que no entiendo, entonces no leo la carta de la amada. Puedo comparecer ante la amada con la conciencia tranquila y decir: había algunos pasajes oscuros en tu carta, en relación con los cuales he dicho que a cada día le baste su afán; pero había un deseo que entendí y que cumplí de inmediato. En cambio, no puedo comparecer con la conciencia tranquila y decir: había algunos pasajes oscuros en tu carta y sobre ellos me puse a reflexionar y en relación con tu deseo que ciertamente entendí, dije: que a cada día le baste su afán». Pero quizá temes que en relación con la Palabra de Dios te pase lo que al enamorado con la carta, que a ti (sin embargo, este temor es del todo infundado en relación con las exigencias de Dios), que a ti te suceda que hagas alguna cosa de más y que al consultar otro diccionario te des cuenta de que no se te exigía tanto: oh, amigo mío, ¿acaso le disgustaría a la amada que el enamorado

hiciera alguna cosa de más? ¿Y qué crees que el enamorado diría en caso de abrigar un temor como ése? Diría: «El que abriga un temor como éste de llegar a hacer alguna cosa de más, no lee la carta de la amada»; y yo diría: tampoco lee la Palabra de Dios.

No abandonemos todavía esta imagen de la carta de la amada. Cuando estaba ocupado en traducirla con la ayuda de un diccionario, fue interrumpido por un conocido que se le acercó. Él se impacientó, «pero —seguramente nos diría— sólo fue porque se me retrasaba el trabajo, pues por lo demás me daba lo mismo; ni siquiera estaba leyendo la carta. En efecto, si alguien se me hubiera acercado mientras leía la carta, habría sido otra cosa; habría sido un fastidio. Sin embargo, me aseguraré de que eso no suceda; antes de comenzar a leer, cierro la puerta con llave y no estoy para nadie: pues quiero estar solo, sin que me fastidien, solo con la carta; si no lo estoy, tampoco leo la carta de la amada».

Él quiere estar, sin que lo fastidien, solo con la carta. «De otro modo —dice— yo no leo la carta de la amada».

Y así también con la Palabra de Dios; quien no está a solas con la Palabra de Dios no lee la Palabra de Dios.

¡A solas con la Palabra de Dios! Oyente mío, permíteme hacer una confesión: yo personalmente todavía no me atrevo a estar totalmente a solas con la Palabra de Dios, tan a solas como para que no se deslice ninguna ilusión. Y permíteme entonces decir una cosa: nunca he visto a nadie de quien me atreviera a creer que tenía la sinceridad y el valor de estar a solas con la Palabra de Dios, tan a solas como para que no se deslizara ninguna ilusión.

¡Qué extraño! Cuando en nuestro tiempo se presenta un hombre fuertemente conmovido y fija el precio de ser cristiano en apenas una quinta parte del precio que establece el Evangelio, entonces se grita: «Cuidaos de este hombre, no leáis lo que escribe, mucho menos en soledad; no habléis con él, mucho menos a solas; es un tipo peligroso»[5]. ¡Pero la Sagrada Escritura! Sí, casi todos la poseen; no se vacila en regalar este libro a todo confirmando (es decir, en la edad más peligrosa). En verdad, hay muchas ilusiones asociadas con esto, se nos ha hecho costumbre tener el libro entre nosotros; se debe leer de un modo especial — por lo menos de tal manera que se esté a solas con él.

¡Estar a solas con la Sagrada Escritura! ¡Yo no me animo! Apenas abro el libro, el primer pasaje que aparece me atrapa instantáneamente, me pregunta (sí, como si fuera Dios mismo el que interrogase): ¿has cumplido con lo que lees ahí? Y entonces, entonces... sí, entonces estoy atrapado. Entonces, o bien paso de inmediato a la acción, o bien compruebo instantáneamente el reconocimiento humillante. Oh, estar a solas con la Sagrada Escritura — pues de lo contrario, no lees la Sagrada Escritura.

Estar a solas con la Palabra de Dios; que eso es algo peligroso también lo han admitido tácitamente los hombres más capaces. Quizás haya habido alguien (un hombre más capaz y más serio, aunque no podamos aplaudir su decisión) que se dijo a sí mismo: «No sirvo para hacer algo a medias — y este libro, la Palabra de Dios, es un libro sumamente peligroso para mí, y es un libro tiránico: si se le da un dedo, se toma toda la mano; si se le da toda la mano, se toma al hombre entero y tal vez transforme de pronto toda mi vida de acuerdo con una medida inmensa. No, sin (cosa que detestaría), sin permitirme ni una sola palabra burlona ni peyorativa sobre este libro, lo llevo a un lugar apartado; no quiero estar a solas con él». Nosotros no lo aprobamos; sin embargo, hay algo en ello que sí aprobamos: una cierta honestidad.

Pero también uno puede protegerse contra la Palabra de Dios haciendo alarde de que se atreve a estar a solas con ella, cuando en realidad no es cierto. Así, toma la Sagrada Escritu-

5. Es muy posible que Kierkegaard se refiera aquí a su propio caso. En el momento en que escribe estas páginas, 1851, está sufriendo duras críticas por parte de representantes de la Iglesia, que lo acusan de propugnar un cristianismo demasiado severo. Críticas similares ha recibido también en nuestros días. Sin embargo, tal como él mismo aclara, lejos de aumentar el precio de ser cristiano, lo está limitando al cumplimiento estricto de los pasajes de la Sagrada Escritura que el lector pueda comprender con toda claridad.

ra, cierra la puerta — pero toma entonces diez diccionarios y veinticinco interpretaciones: de este modo puedes leerla tan tranquilo y distante como si leyeras el diario local. Si de pronto, mientras estás leyendo, lo que sería bastante extraño, se te ocurre preguntar: ¿he hecho esto?, ¿estoy actuando en consecuencia? (es naturalmente en un descuido, en un momento de distracción, en que no estás concentrado con la seriedad habitual, cuando se te puede ocurrir algo así), entonces el peligro no es tan grande. Pues, mira, quizás haya distintas lecturas y quizá se encuentre un nuevo manuscrito justo ahora: ¡por supuesto! Y perspectivas de nuevas lecturas, y quizás haya cinco intérpretes con una opinión y siete con otra y dos con una opinión extraña y tres vacilantes o sin opinión, y «yo mismo no estoy del todo de acuerdo conmigo mismo acerca del sentido de este pasaje o, para decir mi opinión, soy de la misma opinión que los tres vacilantes que no tienen opinión», etc. Alguien así no será puesto en el aprieto en que me veo yo, que de inmediato debo actuar según la Palabra o hacer el humillante reconocimiento. No, él está tranquilo, él dice: «Por mi parte, no hay ningún problema, ya llegaré a actuar en consecuencia — una vez que se hayan ordenado las lecturas y los intérpretes se hayan puesto más o menos de acuerdo». ¡Ajá! De esta manera queda claro que habrá que esperar un largo tiempo. En cambio, el hombre, salvo que sea aguijoneado por el error, logra ocultar que es él mismo quien no tiene ganas de renegar de la carne y la sangre y obrar según la Palabra de Dios. ¡Oh, triste abuso de la erudición; oh, que a los hombres les resulte tan fácil engañarse a sí mismos!

Puesto que si no hubiera tantas ilusiones y autoengaños, todos reconocerían, como yo: no me atrevo a estar a solas con la Palabra de Dios.

A solas con la Palabra de Dios, así hay que estar, como el enamorado quiere estar a solas con la carta de la amada; de lo contrario, eso no sería leer la carta de la amada — y de lo contrario, eso no es leer la Palabra de Dios, ni verse a sí mismo en el espejo. Y esto era lo que debíamos y lo primero que debíamos, si queríamos que contemplarnos en el espejo de la Palabra fuera una bendición; no debíamos mirar el espejo,

sino mirarnos en el espejo. Si eres erudito, recuerda que si no lees la Palabra de Dios de otro modo que como erudito, después de haber leído la Palabra de Dios durante toda la vida y muchas horas cada bendito día, sin embargo, nunca habrás leído — la Palabra de Dios. Haz la distinción para que (además de la lectura erudita) también leas la Palabra de Dios, o al menos reconoce para ti mismo que, a pesar de la diaria lectura erudita, en ella no lees la Palabra de Dios, que con la Palabra de Dios no quieres saber nada en absoluto. Si eres un lego, se supone que tanto menos serás inducido a mirar equivocadamente; por lo tanto, derecho al grano, ninguna demora en contemplar el espejo; más bien, ve derecho a contemplarte en el espejo.

Pero ¿cómo se lee de hecho la Palabra de Dios en la cristiandad? Si se nos dividiera en dos clases —pues casos singulares no pueden tomarse en cuenta—, debería decirse: la mayoría nunca lee la Palabra de Dios; una minoría la lee de uno u otro modo erudito, es decir, no lee la Palabra de Dios, sino que contempla el espejo. O, para decir lo mismo de otro modo: la mayoría considera la Palabra de Dios como un texto caduco de la Antigüedad al que hay que dejar de lado; una minoría considera la Palabra de Dios como un texto de la Antigüedad sumamente extraño en el que se invierte una sorprendente dedicación y perspicacia, etc. — contemplando el espejo.

Imagina un país. Se comunica una orden del rey a todos los funcionarios, a los súbditos, en fin, a toda la población. ¿Qué sucede? Se produce en todos un extraño cambio: todos se transforman en intérpretes; los funcionarios se convierten en escritores; una interpretación más erudita, más perspicaz, más elegante, más profunda, más ingeniosa, más maravillosa, más hermosa y más maravillosamente hermosa que la otra, aparece cada bendito día. La crítica, que debe mantener la visión de conjunto, no puede hacerlo con tan enorme literatura; sí, la crítica misma se convierte en una literatura tan vasta que es imposible mantener la visión de conjunto con la crítica: todo es interpretación — pero nadie leyó la orden del rey y la cumplió. Y no sólo todo se convirtió en interpre-

tación, sino que también se desplazó el criterio de seriedad y estar ocupado con la interpretación pasó a ser la verdadera seriedad. Imagínate que este rey no es un rey humano — pues en el caso de un rey humano sería comprensible que se burlaran de él, dando la vuelta al asunto de este modo. Pero como un rey humano es dependiente en especial del conjunto de sus funcionarios y súbditos, se vería obligado a poner a mal tiempo buena cara, a fingir que todo está en orden, de modo que el intérprete más elegante, como recompensa, es ascendido en la nobleza, y el más profundo es honrado con una condecoración, etc. — Imagínate que este rey sea todopoderoso y que, por lo tanto, no sea puesto en un dilema por más que todos los funcionarios y súbditos jueguen sucio contra él. ¿Qué crees que este rey todopoderoso pensaría ahora? Seguramente diría: que no cumplieran mi orden, podría perdonárselo: es más, si unidos me presentaran un escrito para solicitar que tuviera paciencia con ellos o que directamente los eximiera de cumplir una orden que les resulta gravosa, también los perdonaría. Pero lo que no puedo perdonar es que, para colmo, se haya desplazado el criterio de seriedad.

¡Y ahora la Palabra de Dios! «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones»[6]. Y la Palabra de Dios ¿qué es según su propia determinación y en qué la hemos convertido? Todo este interpretar e interpretar y ciencia y nueva ciencia se presentan bajo una forma solemne y grave cuyo único fin es entender correctamente la Palabra de Dios — pero mira más de cerca, y verás que es para defenderse de la Palabra de Dios. Es muy fácil comprender la exigencia contenida en la Palabra de Dios («da todos tus bienes a los pobres»[7], «cuando alguien te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele la izquierda»[8], «cuando alguien te quite la túnica, dale también el manto»[9], «estad siempre alegres»[10],

6. *Lucas* 19, 46.
7. *Mateo* 19, 21.
8. *Mateo* 5, 39.
9. *Mateo* 5, 40.
10. *1 Tesalonicenses* 5, 16.

«considerad un gran gozo caer en numerosas tentaciones»[11], etc., todo tan fácil de comprender como la expresión «hoy hace buen tiempo», una observación que sólo de una manera podría volverse difícil de entender: si surgiera una literatura para interpretarla), ni siquiera el más obtuso pobre desgraciado puede en verdad decir que no comprende la exigencia — pero a la carne y a la sangre les cuesta querer comprenderlo y tener que actuar en consecuencia. Y, a mi entender, es humano que un hombre se acobarde ante la posibilidad de que la Palabra adquiera poder sobre él — aunque ningún otro quiera reconocerlo, yo reconozco que lo hago. Es humano pedirle a Dios que tenga paciencia, si uno no puede de inmediato hacer lo que debe, siempre y cuando uno prometa tratar de hacerlo; es humano pedirle a Dios que tenga compasión, porque la exigencia es demasiado alta para uno: aunque ningún otro quiera reconocer esto de sí mismo, yo reconozco que lo hago. Pero no es humano dar al asunto un giro totalmente distinto: que yo con astucia intercale una capa tras otra de interpretación y ciencia y otra vez ciencia (más o menos como un niño que coloca una o más toallas debajo de su casaca, antes de recibir la paliza) — que intercale todo eso entre la Palabra y yo y entonces a esta interpretación y cientificidad le dé el nombre de seriedad y celo por la verdad, y entonces permita que este ajetreo tome tales dimensiones que nunca logre recibir la impresión de la Palabra de Dios, que nunca logre llegar a contemplarme en el espejo. Pareciera que todo este investigar y cavilar e indagar y fundamentar me acercara la Palabra de Dios: la verdad es que precisamente de este modo, de la manera más astuta, alejo la Palabra de Dios lo más posible de mí, infinitamente más lejos que lo que está de aquel que nunca vio la Palabra de Dios, infinitamente más lejos que lo que está de aquel que

11. *Santiago* 1, 2. Ésta es la traducción literal al castellano de la cita que hace Kierkegaard de la versión danesa del Nuevo Testamento autorizada por las resoluciones de Su Majestad el rey Federico VI del 19 de agosto de 1918 y el 17 de febrero de 1819. Cabe agregar que en el original griego el autor de la epístola usa el verbo *píptо* (caer) y el término *peirasmós* (tentación o prueba).

se angustió y atemorizó tanto por la Palabra de Dios que la arrojó de sí lo más lejos posible.

Pues una distancia aún mayor de lo exigido (mirarse a sí mismo en el espejo), una distancia aún mayor de lo exigido que no mirarse nunca en el espejo, una distancia aún mayor es, año tras año, cada bendito día, quedarse sentado tranquilo — y contemplar nada más que el espejo.

En segundo lugar, que cuando leas la Palabra de Dios, para verte en el espejo, debes (para que realmente llegues a verte en el espejo) *recordarte a ti mismo sin cesar: es a mí a quien se habla, es de mí de quien se habla.*

No te dejes engañar — o no seas tú mismo malicioso. Pues nosotros los hombres, en relación con Dios y la Palabra de Dios, somos, oh, tan astutos, hasta el más tonto de los hombres es tan astuto — sí, carne y sangre y amor a sí mismo son muy astutos.

Entonces hemos inventado (que es para defendernos de la Palabra de Dios no lo decimos, no somos tan locos, pues si lo dijéramos no obtendríamos ningún provecho de nuestro hábil invento), hemos inventado que pensar en sí mismo (lo que seguramente en muchos casos puede ser cierto, salvo cuando se trata de dejar que la Palabra de Dios adquiera poder sobre uno mismo), que esto es —¡imagínate qué astuto!— es vanidad, ¡enfermiza vanidad! ¡Qué vergüenza que pueda yo ser tan vanidoso! Pues pensar en sí mismo y decir: «se trata de mí», es, como decimos los eruditos, lo subjetivo. Y lo subjetivo es vanidad, la vanidad de no poder leer un libro —¡la Palabra de Dios!— sin pensar que es de mí de quien se trata. ¡Cómo no abominar de ser vanidoso! Y cómo podría ser tan tonto de no hacerlo cuando con ello me aseguro además de que la Palabra de Dios no se apodere de mí porque no me pongo en una relación personal (subjetiva) con la Palabra, sino que por el contrario —oh, seriedad, por la cual yo soy tan altamente alabado por los hombres— transformo la Palabra en algo impersonal (lo objetivo, una doctrina objetiva, y así sucesivamente), con la cual yo —¡serio y culto como soy!— me relaciono de manera objetiva, pues no soy

tan inculto y vanidoso como para involucrar mi personalidad y creer que es a mí a quien se habla y que es de mí —siempre de mí— de quien se habla. ¡Faltaba más! ¡Lejos de mí tan vanidosa incultura! — Y lejos de mí también, lo que de otro modo podría suceder tan fácilmente, que la Palabra se apodere de mí, justo de mí, que adquiera tal poder sobre mí que no pueda defenderme de ella, que continúe acosándome hasta que yo o bien actúe en consecuencia, renunciando al mundo, o bien que al menos reconozca que no lo hago — el justo castigo a todo aquel que se atreve de modo inculto a relacionarse con la Palabra de Dios.

¡No, no, no! Que cuando leas la Palabra de Dios, en todo lo que leas, siempre te digas a ti mismo: es a mí a quien se habla, es de mí de quien se habla; esto es la seriedad, exactamente esto es la seriedad. Tampoco ni uno solo de aquellos a quienes ha sido confiada en un sentido más alto la causa del cristianismo se ha olvidado de enfatizarlo una y otra vez como lo más decisivo, como la condición incondicional para verte a ti mismo en el espejo. Por lo tanto, esto es lo que tienes que hacer, lo que tienes que decirte sin cesar a ti mismo durante la lectura: es a mí, es de mí de quien se habla.

De aquel poderoso emperador del Oriente[12], cuya cólera había sido provocada por el pequeño y renombrado pueblo, de él se cuenta que tenía un esclavo que todos los días le decía: no te olvides de vengarte. ¡Mira qué cosa para recordar! En mi opinión, habría sido mejor tener un esclavo que todos los días le hubiera recordado que olvidara, lo cual tampoco es bueno, pues si todos los días tienen que recordarte que olvides quiere decir que el olvido nunca será en serio. Pero, por lo menos, este soberano entendió muy bien, precisamente porque estaba encolerizado (la cólera es un rasgo de la personalidad, aun cuando no sea loable), cómo se procede para ejercer una influencia personal en alguien. Pero mejor aún que este soberano, fue servido el rey David — claro que se trata de una clase de servicio que uno rara vez desea volun-

12. Darío, cuyo esclavo le decía diariamente: «Acuérdate de los atenienses».

tariamente; uno más bien se ve tentado a considerarla como una de las mayores molestias de la vida.

La historia a la que me refiero es conocida[13]. El rey David vio a Betsabé. Verla a ella y ver que su marido constituía un estorbo en su camino, eran la misma cosa. Él debía ser apartado. Y esto fue lo que sucedió; no se sabe bien cómo; debió haber sido la providencia; cayó en la batalla, pero «así es la guerra», dice el rey. Presumiblemente, él mismo haya elegido en su temeridad un puesto tan peligroso que equivalía a una muerte segura — yo digo solamente que si había alguien que deseaba que ya no viera el día y estaba en posición de mando, entonces nunca pudo haberlo hecho mejor que colocándolo en el puesto que equivalía a una muerte segura. Ahora, está fuera del camino. Resultó muy fácil. Y ahora ya no hay ningún estorbo en el camino para obtener la posesión legal de su esposa. Estorbo en el camino, ¿te has vuelto loco? Si es incluso un acto regio en alto grado, noble, magnánimo y legítimo, capaz de entusiasmar a todo el ejército, que el rey se case con la viuda del guerrero caído por la patria.

Entonces, un día, se presenta un profeta ante el rey David. Permitidme hacer más cercana la situación y modernizarla un poco. Uno es el rey, el hombre de mayor rango en el pueblo; el otro, el profeta, un hombre de la mayor estima en el pueblo, los dos naturalmente hombres cultos, y uno puede estar seguro de que su trato mutuo y su conversación llevarán las marcas de su cultura. Además, los dos, en especial uno de ellos, son escritores famosos; el rey David, el poeta más renombrado y por consiguiente un conocedor, un delicado árbitro del buen gusto, que sabe apreciar la presentación, la elección de las expresiones y la estructura del poema, y la forma lingüística y el tono y sus beneficios o perjuicios para las costumbres, etcétera.

Y es una suerte: justo el hombre indicado ante el cual presentarse; pues el profeta ha compuesto un cuento, una historia que quiere tener el honor de narrar a Su Majestad, el coronado poeta y conocedor de obras poéticas.

13. 2 *Samuel* 11 - 12.

«Vivían dos hombres en una ciudad; uno era muy rico y tenía ganado grande y pequeño en cantidad; el pobre, en cambio, sólo tenía una corderita, que él había comprado y criado y que había crecido con él y con sus hijos juntamente. Comía de su mano y bebía de su vaso y era como una hija de la casa. Pero cuando un peregrino llegó a la casa del rico, éste no quiso tomar de su propio ganado, ni del grande ni del pequeño, y tomó la corderita del pobre, la mató y la cocinó para el extraño que llegó a su casa».

Me imagino que David ha escuchado con atención y después ha dado a conocer su opinión, claro que sin involucrarse personalmente (subjetividad) sino evaluando esa encantadora obrita de manera impersonal (objetiva). Quizás ha habido un detalle que él consideró que podía ser diferente, quizás ha sugerido una expresión más felizmente elegida, quizás ha mostrado también un pequeño fallo en la estructura, elogiado la magistral narración del cuento por parte del profeta, su voz, sus gestos, en fin, se ha expresado como en nuestros tiempos las personas cultas acostumbramos a juzgar un sermón para personas cultas, esto es, un sermón que es también objetivo en sí mismo.

Entonces el profeta le dice: Tú eres aquel hombre.

Mira, el cuento que el profeta narró era una historia; pero el «tú eres aquel hombre» era otra historia — era el paso hacia lo subjetivo.

Pero ¿no crees tú que el propio David sabía muy bien lo abominable que es dejar que muera el marido de una mujer para después tomarla por esposa? ¿No crees tú que el propio David, el gran poeta, habría podido (con elocuencia y de manera estremecedora y escalofriante) exponerlo fácilmente? Y además, ¿no crees que David sabía muy bien dentro de sí que era culpable y de qué lo era? Sin embargo, sin embargo, se necesitaba alguien de fuera que le dijera: tú.

Así puedes tú ver qué poco te ayuda lo impersonal (lo objetivo), una doctrina, una historia, una ciencia y cosas así, cuando incluso un hombre tan piadoso y temeroso de Dios como David (y piedad y temor de Dios son formas de la personalidad, lo subjetivo), cuando incluso él, al haber perpetrado

un delito tan abominable (y antes no encontró —¡objetivamente!— ningún obstáculo en el camino, ningún obstáculo de conciencia en el camino para dejar que mataran a Urías, ningún obstáculo en el camino, ningún obstáculo de conciencia en el camino para tomar por esposa a Betsabé), cuando incluso él, después de que las cosas sucedieron, puede conservar tanta impersonalidad (objetividad) que puede vivir como si nada, que puede escuchar el relato del profeta como si nada — hasta que el profeta, cansado de esta impersonalidad u objetividad tan alabada en nuestro siglo como cultura y seriedad — apela a su autoridad y dice: Tú eres ese hombre.

De aquí puedes ver también en qué abismo de astucia y malicia se cae cuando el mundo se educa en la cristiandad, aprovechándose de lo que sin duda es cierto: que poner siempre primero el propio yo y su personalidad de un modo egoísta es vanidad; que aprovechándose de esto, se ha logrado convertir en vanidad lo que en relación con la Palabra de Dios es justamente la seriedad, para librarse de la seriedad y del esfuerzo de la seriedad y asegurarse así la reputación de ser serio y culto. ¡Oh, abismo de malicia! Se convierte la Palabra de Dios en algo impersonal, objetivo, una doctrina — en lugar de ser la voz de Dios que tú debes escuchar; así la escucharon los Padres, esta voz estremecedora de Dios que ahora, en cambio, suena a algo ¡tan objetivo como una tela estampada! Y uno se relaciona en forma impersonal (objetiva) con este algo impersonal; y en la cumbre de la cultura del mundo y al frente del público culto, la ciencia se jacta de que esto es la seriedad y la cultura ¡y relega a aquellos pobres infelices que creen en lo personal (subjetivo) al rincón de la vergüenza! ¡Oh, abismo de malicia! Pues, en relación con la Palabra de Dios, a los hombres nos resulta demasiado fácil conservar esta impersonalidad (objetividad), realmente es una genialidad congénita que todos tenemos, algo que recibimos gratis — por el pecado original, ya que esta alabada impersonalidad (objetividad) no es ni más ni menos que falta de conciencia. Una falta de conciencia que, como podrá comprenderse, no se expresa de manera tonta e imprudente como los delitos perseguidos por la policía, lo cual sería

una locura; no, no, con moderación y, hasta cierto punto, con buen gusto y buena educación, esta falta de conciencia hace la vida cómoda y placentera — pero, ¿no es demasiado convertirla en seriedad y cultura?

No, cuando leas la Palabra de Dios con el fin de verte en el espejo, debes decirte constantemente durante la lectura: es a mí a quien se habla, es de mí de quien se habla.

Había un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó[14] y cayó en manos de ladrones, los cuales lo desnudaron y le pegaron y se fueron y lo dejaron medio muerto — cuando ahora lees «aconteció que bajó un sacerdote por aquel camino y, viéndolo, pasó de largo», debes decirte «éste soy yo». No debes buscar excusas, mucho menos hacerte el gracioso (pues en el mundo mundano una broma puede compensar aun la peor infamia, pero no debe ser así cuando lees la Palabra de Dios), no debes decir «éste no soy yo, pues era un sacerdote, y yo no soy sacerdote; en cualquier caso, me parece excelente que el Evangelio diga que es un sacerdote, pues los sacerdotes son los peores de todos». No, cuando tú leas la Palabra de Dios, debes hacerlo con seriedad y decirte a ti mismo «ese sacerdote soy yo». Ay, cómo pude ser tan despiadado, yo que me llamo a mí mismo cristiano — y en cierto sentido soy también un sacerdote, o al menos sé hacerlo valer cuando se trata de librarse de los sacerdotes, pues entonces decimos: cristianamente, todos somos sacerdotes. Ay, cómo pude ser tan despiadado, cómo pude ver tal escena (y la vi; está en el Evangelio: «y viéndolo, pasó de largo»), ¡y verla sin conmoverme! — «Asimismo, un levita llegó al lugar y, viéndolo, pasó de largo». Aquí debes decir: «soy yo; ¡oh, cómo pude ser tan duro de corazón, cuando ya me sucedió una vez y ahora me vuelve a suceder, sin que yo haya mejorado en nada!». — Y venía un hombre práctico por el mismo camino y, cuando se acercó, se dijo a sí mismo: «¿Qué es esto? Aquí yace un hombre medio muerto, más vale que no vaya por este camino, podría llegar a ser un caso policial o la policía podría llegar en este mismo instante y detenerme como autor del

14. *Lucas* 10, 30 ss.

hecho» — entonces debes decirte a ti mismo: «soy yo; oh, cómo pude ser tan mezquino y prudente, y no sólo eso, sino que después pude hasta complacerme por esto y cuando se lo conté a uno de mis conocidos ¡pude complacerme de que también él considerara mi actuación prudente y práctica!» — Y venía por el mismo camino alguien absorto en pensamientos profundos, que no pensó en nada, que no vio nada, y pasó de largo — entonces debes decirte a ti mismo: «era yo; qué bobo, cómo puedo andar como un tonto, sin ver que hay un hombre medio muerto»; pues así te lo habrías dicho, si hubiese habido un enorme tesoro en el camino y hubieras pasado de largo sin verlo. — «Pero un samaritano que iba de camino vino a él». Para no cansarte de decir siempre «soy yo», aquí para variar, puedes decir «no era yo, ¡ay, yo no soy así!». Cuando la parábola termina y Cristo le dice al fariseo «ve y haz tú lo mismo», entonces debes decirte a ti mismo: «es a mí a quien se habla, vamos ya». No debes buscar excusas y menos aún probar con bromas (pues, divinamente entendido, las bromas en verdad no sirven para nada, salvo para agravar la condena). No debes decir: «doy mi palabra de que nunca en la vida me sucedió que yo fuera por un camino en el que yaciera un hombre medio muerto atacado por ladrones; en general, los ladrones son una rareza entre nosotros». No, no debes hablar así; debes decir: «es a mí a quien ha sido dicha la Palabra: ve y haz tú lo mismo». Pues tú comprendes muy bien la Palabra. Y si en tu camino nunca encontraste a nadie atacado por ladrones, hay suficientes miserables tanto en tu camino como en el mío. O para tomar un ejemplo que tiene analogía con el del Evangelio, ¿nunca fuiste por un camino en el que, si no en sentido literal por lo menos en verdad, yacía alguien atacado, desnudado y dejado medio muerto por la calumnia y la difamación? Y vino un sacerdote por el mismo camino y pasó de largo — es decir, primero escuchó lo que la calumnia contaba acerca del hombre, y después siguió su camino — y contó la historia a otros; y este sacerdote, debes decirte a ti mismo, sí, por más que seas obispo o deán, de igual modo debes decirte a ti mismo: ¡este sacerdote era yo! Y vino un levita por el mismo camino, y siguió de largo — es decir, primero se enteró, de pasada, de la noticia, y después siguió de largo llevándosela consigo; y este levita, debes decirte a ti mismo, ¡era yo! Y luego pasó un burgués por allí; él también escuchó la historia y la llevó consigo y dijo: «es una verdadera pena que se cuente —¡como yo estoy haciendo ahora!— esto y aquello sobre ese hombre»; y este burgués, debes decirte a ti mismo, ¡era yo! Era yo, oh, y es peor que la historia del Evangelio, pues allí ni el sacerdote ni el levita participaron en el ataque al hombre medio muerto, pero aquí, son cómplices de los ladrones.

Tú lees sobre aquel principal[15], miembro del Sanedrín, que vino a Cristo de noche. No debes distraer la atención, ni siquiera para hacer la observación, quizá correcta, de que era extraño que eligiera ese horario, pues en qué ayuda, si se quiere permanecer oculto, elegir hacerlo de noche cuando se va hacia aquél que es la luz, como dice en el salmo (139, 11): «si dijera: ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun así, la noche se convertirá en una luz alrededor de mí; las tinieblas mismas no son oscuras para ti, y la noche resplandece como el día». No, así no debes hablar, ay, pues tú comprendes demasiado bien por qué eligió la noche: porque si bien Cristo es «el camino», para sus contemporáneos él era —y si viniera de nuevo, lo seguiría siendo— el camino prohibido.

Cuando tú lees, pues, sobre esto, sobre el hombre a quien Cristo había impresionado, pero de un modo tal que no podía ni entregarse ni desprenderse, por lo cual eligió la noche, eligió robarlo para sí en la noche: entonces debes decirte «éste soy yo». No debes buscar excusas ni mezclar cosas que no vienen al caso; debes, ante todo, quedarte sentado tranquilo durante la lección; no debes decirte: «Era uno de los aristócratas, y así son los aristócratas, jactanciosos pero cobardes y carentes de fe; además, ¡cómo el Evangelio, que es para los pobres, podría ser para los aristócratas!». No, no debes hablar así. Cuando lees la Palabra de Dios, no tienes nada que hacer con los aristócratas ni con la aristocracia en general ni tampoco tienes que acusarlos. Pues aun cuando tú fueras uno de los aristó-

15. Kierkegaard hace aquí referencia a Nicodemo. Véase *Juan* 3, 1 ss.

cratas, no obstante, sólo tendrías que vértelas contigo mismo. No, tú debes decir: «éste soy yo». Y debes confesarte a ti mismo que estabas haciendo realmente esa observación sobre los aristócratas, de modo que no sólo debes decir: «éste era yo», sino también agregar: éste soy yo que, para colmo, quería buscar excusas, otra vez esconderme (por poco que ayude cuando estoy delante de Aquél que es la luz) en la oscuridad de la noche, en esta excusa o disculpa, como si yo no comprendiera la Palabra de Dios, como si sólo se hablara de los aristócratas. No, ése era yo. Oh, que yo pudiera ser tan ruin, un andrajo semejante, ni frío ni caliente, ni lo uno ni lo otro.

De esta manera (he dado sólo un par de ejemplos) debes leer la Palabra de Dios; y así como, según refiere la superstición, se pueden invocar los espíritus leyendo las fórmulas de encantamiento, así también debes tú (y es esto lo primero necesario), siempre y cuando por un tiempo perseveres en leer la Palabra de Dios de este modo, debes tú, mediante la lectura, introducir un temor y temblor en tu alma para que, con la ayuda de Dios, logres llegar a ser un hombre, una personalidad, salvada de ser esta horrible no-entidad en la que hemos sido convertidos nosotros los hombres —¡creados a imagen de Dios!— en virtud de un hechizo: algo impersonal, una cosa objetiva. Cuando leas la Palabra de Dios de este modo —aun cuando te resulte terrible, pero ¡recuerda que es la condición de la salvación!— lograrás lo exigido: contemplarte en el espejo de la Palabra. Sólo así se puede lograr.

Si la Palabra de Dios es para ti sólo una doctrina, algo impersonal, objetivo, entonces no hay ningún espejo — una doctrina objetiva no puede llamarse un espejo; contemplarse en el espejo de una doctrina objetiva es tan imposible como hacerlo en un muro. Y si quieres relacionarte de manera impersonal (objetiva) con la Palabra de Dios, no puede decirse que esto sea contemplarse a sí mismo en el espejo, pues para verse en un espejo se exige una personalidad, un yo; un muro puede ser visto en un espejo, pero él no puede verse ni contemplarse a sí mismo en el espejo. No, durante la lectura de la Palabra de Dios, debes decirte de continuo: es a mí, es de mí de quien se habla.

Finalmente, para que contemplarte a ti mismo en el espejo de la Palabra sea una bendición, no debes olvidar de inmediato cómo te veías; no debes ser el oyente (o el lector) olvidadizo, del que habla el apóstol: *él contempló su rostro físico en un espejo, pero olvidó de inmediato cómo se veía.*

Esto es bien evidente; mirarse en un espejo y olvidar de inmediato es como escribir en la arena o en el agua o como dibujar en el aire.

Lo mejor es entonces que te digas de inmediato: comenzaré de inmediato por impedirme olvidar, de inmediato, en este mismo instante, me lo prometo a mí mismo y a Dios, aunque sólo sea por la próxima hora o por el día de hoy; durante este tiempo, seguro que no olvidaré. Esto es lo mejor, créeme, y tú sabes bien que se me considera un poco experto en almas, y lo que no sabes, ay, lo sé yo, cuántos sufrimientos, qué amargas experiencias, me han llevado a serlo, si es que efectivamente lo soy. Comportarse de este modo es mucho mejor que llenarse de inmediato la boca y de inmediato decir: «yo nunca olvidaré». Oh, amigo mío, es mucho mejor que nunca te olvides de recordarlo *inmediatamente* en lugar de decir de inmediato: «yo *nunca* lo olvidaré». La seriedad consiste justamente en tener esta honesta desconfianza hacia sí mismo, vincularse consigo mismo como un hombre adinerado se vincula con un deudor poco fiable, a quien le dice: «Sí, tus grandes promesas no sirven de mucho; yo preferiría una pequeña parte de la suma inmediatamente». Y así también aquí. Oh, qué pobre se ve uno cuando se ha prometido no olvidar nunca — ¡y en la hora siguiente tener que comenzar por recordar! Y, no obstante, quizá la hora siguiente lo decida todo; la hora que sigue a la que llamamos «una hora silenciosa» es la hora crítica. Si la dejas pasar y dices: «He prometido no olvidar nunca, es decir, toda mi vida está consagrada a recordar; ¡qué mezquindad ser tan escrupuloso respecto de la hora más próxima!» — si dices eso, en el fondo está decidido que serás el oyente o lector olvidadizo. Imagínate a alguien que ha estado y está entregado a una pasión. Llega ahora un instante (y así les llega a todos, quizá

muchas veces, ¡ay, quizá muchas veces en vano!), un instante en que él se detiene y una buena decisión surge. Imagínate que él (supongamos que sea un jugador) se dijera a sí mismo una mañana: «Prometo por lo más alto y sagrado que nunca más voy a jugar, nunca más — esta noche será la última vez». Entonces, oh, amigo mío, ¡él está perdido! Por extraño que pueda parecer, apostaría más bien a lo contrario, esto es, que si hubiera un hombre que en tal instante se dijera a sí mismo: «Pues bien, tendrás permiso de jugar durante el resto de tu vida cada eterno día — pero esta noche, no lo hagas», y lo cumpliera, oh, amigo mío, seguramente, ¡él está salvado! Pues la decisión del primero es una bribonada del deseo; la del otro es engañar al deseo; uno es engañado por el deseo, el otro engaña al deseo. Sólo en el instante, es fuerte el deseo; si permitimos instantáneamente que se salga con la suya, no pondrá de su parte ningún reparo a que se hagan promesas para toda la vida. Pero invertir la situación y decir: «no, no sólo hoy, sino mañana, pasado mañana, etc.», esto es engañar al deseo; pues si lo hacemos esperar, entonces el deseo pierde el deseo; si no se lo atiende instantáneamente en cuanto se anuncia, antes que a ninguna otra cosa, si se le dice que sólo será atendido mañana, el deseo comprenderá (más rápido de lo que el cortesano más insinuante y astuto o la mujer más intrigante comprenden lo que esto significa cuando les sucede en la sala de espera) que ya no es único y todo, es decir, que ya no es «el deseo». Lo mismo pasa cuando se trata de cuidarse de olvidar inmediatamente; no prometas que no olvidarás nunca para eximirte de recordar enseguida en la hora siguiente; no, mejor invierte la situación y di: Esto no es algo para recordar toda mi vida, pero prometo que lo recordaré de inmediato en la próxima hora, y lo voy a cumplir.

Cuando tú te vayas de aquí (ya que podríamos imaginar que se trata de un discurso que se está pronunciando), no te apresures a juzgar el discurso ni al orador. Pues, sin duda, no se podría decir que hayas olvidado inmediatamente el discurso; pero esta manera de recordarlo es la de un oyente olvidadizo. No — y no obstante, olvida el discurso y al

orador; pero cuando llegues a tu casa lee para ti mismo, en lo posible en voz alta, el texto del día — ¡oh, pero hazlo inmediatamente! ¿No es cierto que lo harás? Te lo agradezco. Y si hubiera uno que quizá sólo dentro de diez años por casualidad llegara a leer este discurso y lo leyera hasta el final: oh, es a ti a quien le pido: lee por ti mismo, en lo posible en voz alta, el texto del día, ¡oh, pero hazlo de inmediato! ¿No es cierto que lo harás? Te lo agradezco.

Y tú, oh mujer, a ti se te ha reservado ser la imagen del oyente y lector de la Palabra que no es olvidadizo. Tú debes cumplir como corresponde la admonición del apóstol: la mujer calle en la asamblea[16]; es lo que corresponde. Que tampoco ande predicando en casa; no queda bien. No, que se quede en silencio; que en silencio guarde la Palabra; que su silencio sea la expresión de que la guarda profundamente. ¿No crees en el silencio? Yo sí. Cuando Caín mató a Abel, calló Abel. Pero la sangre de Abel clama al cielo[17]; clama (no: clamaba), clama al cielo; qué tremenda elocuencia que nunca enmudece. ¡Oh, el poder del silencio! Aquel hombre de la realeza, que lleva el nombre de «el Taciturno»[18] — ¿su silencio no significaba nada? Los otros seguramente habrán vociferado acerca de la salvación del Estado y quizá de lo que habrían de hacer — sólo él calló. ¿Qué significaba este silencio? Que él era el hombre, que él salvaba al Estado. ¡Oh, el poder del silencio!

Así sucede con la mujer. Déjame describirte una mujer como ésta, una oyente de la Palabra que no olvida la Palabra; pero con esta descripción, ¡no olvides tú mismo convertirte también en oyente de la Palabra! Como se dijo, ella no habla en la asamblea; ella calla; tampoco habla de religión en la casa; ella calla. Tampoco está ausente, abstraída en otros mundos: tú estás hablando con ella; y en eso, te dices: ella está callada — ¿qué significa su silencio? Ella cuida su hogar, está presente en todo y con toda su alma hasta en los mí-

16. *1 Corintios* 14, 34.
17. *Génesis* 4, 10.
18. Se trata de Guillermo, príncipe de Orange, apodado «el Taciturno».

nimos detalles, está contenta, a veces llena de humor y alegría, es casi más que los chicos, la alegría en el hogar — y en eso, la miras y te dices: ella está callada, ¿qué significa su silencio? Y si incluso el que está más cerca de ella, a quien la unen lazos indisolubles, a quien ama con toda el alma y que tiene derecho a su confianza — si se pudiese imaginar que él le preguntara: «¿Qué significa este silencio?, ¿en qué piensas? Pues algo hay detrás de todo lo otro, algo que al parecer siempre debes tener presente, ¡dímelo!». Ella no lo dice directamente; a lo sumo dirá de manera evasiva: «¿No me acompañas a la iglesia el domingo?» — y entonces empezará a hablar de otras cosas. O dirá: «¡Prométeme que me leerás un sermón en voz alta el domingo!» — y empezará a hablar de otras cosas. ¿Qué significa este silencio?

¿Qué significa? Bien, no lo sigamos investigando; si ella no le dice nada directamente a su marido, tampoco nosotros podemos exigir enterarnos de nada. No, no lo sigamos investigando, consideremos que este silencio es exactamente lo que necesitaríamos si la Palabra de Dios tuviera que adquirir algún poder sobre los hombres.

Oh, si uno (lo que, cristianamente, parecería que estamos autorizados a hacer) al contemplar el estado actual del mundo, toda la vida, pudiera cristianamente decir: es una enfermedad — y si yo fuera un médico y alguien me preguntara: «¿Qué consideras que se debe hacer?», yo le contestaría: «Lo primero, la condición incondicionada para que se pueda hacer algo, es decir, lo primero que debe hacerse es: procura silencio, introduce silencio; la Palabra de Dios no puede ser escuchada y si, con la ayuda de recursos ruidosos, debe ser proclamada a gritos para ser escuchada en pleno alboroto, entonces deja de ser la Palabra de Dios, ¡procura silencio! Oh, todo hace ruido; y como se dice de un trago excitante que revuelve la sangre, así también en nuestro tiempo, toda empresa, aun la más insignificante, toda comunicación, aun la más banal, ¡sólo busca agitar los sentidos o conmover a la masa, la multitud, el público, el ruido! Y el hombre, esta cabeza sagaz, que se ha vuelto casi insomne a fin de inventar nuevos, nuevos medios para aumentar el ruido, para propagar a la mayor velocidad y escala posibles, el alboroto y la banalidad. Sí, la inversión está a punto de lograrse: la comunicación casi ha sido reducida al mínimo nivel de significación y al mismo tiempo los medios de comunicación casi han llegado al máximo nivel de una veloz expansión que todo lo inunda; pues qué es lo que se tiene tanta prisa en difundir y, por el otro lado, qué es lo que tiene mayor difusión que ¡las habladurías! ¡Oh, procura silencio!».

Y esto lo puede la mujer. Hace falta una superioridad extraordinaria si un hombre por su presencia tiene que imponer silencio a otros hombres; por el contrario, toda mujer, dentro de sus confines, en su círculo, puede lograrlo siempre y cuando lo quiera no con egoísmo, sino sirviendo humildemente a algo más elevado.

En verdad, la naturaleza no ha desfavorecido a la mujer; y, en verdad, el cristianismo tampoco. Ahora bien, es muy humano, y por lo tanto también femenino, que ella quiera tener dentro de sus confines, adecuadamente, su significación, ser —¿por qué no?— ser un poder. Una mujer puede ejercer poder de distintas maneras, por su belleza, por su gracia, por sus dones, por su osada imaginación, por su ánimo feliz — también puede intentar convertirse en poder de una manera ruidosa: esto último es desagradable y falso; lo primero es, sin embargo, frágil e incierto. Pero si quieres ser un poder, oh mujer, déjame confiarte cómo. ¡Aprende silencio y enseña silencio! Oh, tú sabes bien — sí, cuando sólo te tocan en suerte condiciones adversas, tú sabes, no obstante, disponer tu casa, tu hogar, de un modo amable y atractivo, con toda sencillez, no sin encanto; y si te tocaran en suerte mejores condiciones, sabrías disponer tu casa, tu hogar con buen gusto y de modo persuasivamente acogedor, no sin encanto; y si te tocara en suerte la opulencia, sabrías con tacto ingenioso, casi ocultando la riqueza, esparcir un cierto encanto por tu casa, uniendo riqueza y sencillez. Mis ojos no son ciegos, quizás haya demasiado de poético en mí; dejemos a otros este elogio. Pero hay una cosa que si olvidaste colocar en tu casa, tu hogar — te falta lo más importante: esto es: ¡silencio!, ¡silencio! El silencio no es algo determinado, pues no consiste en que no se hable.

No, el silencio es como la luz tenue en un cuarto acogedor, como la amabilidad en una sala pobre: no es aquello de lo que se habla, pero está ahí y ejerce su benéfico poder. El silencio es como el acorde básico que no se destaca, y que justo por eso se llama básico, porque sirve de base.

Pero este silencio no lo puedes instalar como, por ejemplo, cuando llamas a alguien que coloca cortinas; no, si el silencio debe instalarse, tiene que ver con tu presencia, con la manera de estar en tu casa, en tu hogar. Y cuando con tu presencia, año tras año, continuamente, has instalado el silencio en tu casa, por último, este silencio también estará ahí en tu ausencia, será un testimonio de ti y finalmente, ¡ay, un recuerdo de ti!

Hay un adjetivo que señala una condición decisiva de la mujer; por más grande que en numerosos aspectos sea la diferencia entre mujer y mujer, de toda mujer se exige esto; ni la opulencia esconde ni la pobreza disculpa su falta; sucede como con la señal del poder que lleva la autoridad: hay diferencia entre las personas, uno es el superior, un hombre de muy alto rango en la sociedad, el otro es el último, un hombre muy subordinado en la sociedad; pero una cosa tienen en común, la señal del poder. Esta condición, el carácter de la mujer, es ser hogareña, así como el carácter del hombre es tener carácter. La innumerable multitud de mujeres, con todas estas numerosas y numerosamente diferentes diferencias, una cosa tienen que tener todas en común como todas tienen en común el ser mujer: ser hogareñas. Considera una modesta mujer de pueblo — si en verdad puede decirse de ella que es hogareña, alabada sea; me inclino ante ella ¡tan profundamente como ante una reina! Y por el otro lado, si la reina no es hogareña, sólo es una mediocre señora. Considera una joven de quien difícilmente pueda decirse que es una belleza — si, como puede serlo una joven, es hogareña: ¡alabada sea! Y por el otro lado, considera una joven de fulgurante belleza y, ya que estamos, concedámosle toda clase de talentos por añadidura y, ya que estamos, démosle renombre — pero si no es hogareña, si ni siquiera tiene respeto por esta condición, entonces con todos sus talentos, belleza y renombre, es una mediocre mujercilla. ¡Ser hogareña! De esta manera, le hacemos a la mujer el gran reconocimiento de que en realidad es ella la que crea la casa. Aunque la joven nunca se case, de todos modos determinamos su rango según la dignidad femenina: ser hogareña. Pero el silencio instalado en una casa ¡es la presencia hogareña de la eternidad!

Sin embargo, si tú, oh, mujer, has de instalar este silencio, enseñarlo, debes tú misma hacer escuela, debes tener cuidado, procurarte un tiempo en que tú misma, todos los días, logres el recogimiento ante lo divino. Debes procurarte tiempo; y por mucho que tengas de qué ocuparte, oh, tú eres —aquí lo tenemos de nuevo—, tú eres hogareña; y cuando se trata con el tiempo de manera hogareña, entonces se consigue el tiempo suficiente. Con esto, debes tener cuidado. El hombre tiene tanto de qué ocuparse, tanto que lidiar con lo ruidoso, e incluso demasiado: si no cuidas que todo esté en orden, que el silencio esté ahí, entonces el silencio nunca entrará en tu casa.

¡Ten mucho cuidado de esto! Pues una muchacha en estos tiempos aprende tantas cosas en el instituto, incluso alemán y francés y dibujo; y en el hogar, seguramente aprende muchas cosas útiles. La pregunta es si en estos tiempos aprende lo más importante, aquello que más tarde tendrá que enseñar (pues sólo son unas pocas las que más tarde van a enseñar alemán y francés), si aprende: el silencio. No lo sé; pero tú, tú permanece atenta a este respecto, pues es tu tarea instalar el silencio. Recuerda la palabra del apóstol acerca de contemplarse a sí mismo en el espejo de la Palabra. ¡Pues una mujer que se mira mucho en el espejo se vuelve frívola y frívolamente charlatana! ¡Ay, y una mujer que se mira en el espejo del tiempo se vuelve ruidosamente vociferante! ¡Oh, pero una mujer que se mira en el espejo de la Palabra se vuelve silenciosa! Y si sucede esto, es quizá la expresión más fuerte de que no es una lectora u oyente olvidadiza. Quien, después de haberse contemplado en el espejo de la Palabra, se pone a hablar, puede ser señal de que no ha olvidado, quizá; pero el que se vuelve silencioso, es seguro que no ha olvidado. Tú lo sabes: el que se enamora — y se pone a hablar: ¡está bien!, pero volverse silencioso: es más seguro.

II

HECHOS DE LOS APÓSTOLES 1, 1-12

ESTA LECCIÓN SAGRADA ESTÁ ESCRITA EN LOS *HECHOS DE LOS APÓSTOLES*

Cap. 1, 1-12[1]

El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo. A estos mismos, después de su pasión, se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios. Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, «que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días». Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?». Él les contestó: «A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la

1. En la transcripción que hace Kierkegaard no se incluye el versículo 12. En su época, cuando se escribía «-12» se quería decir que la cita llegaba hasta ese versículo, pero no lo incluía.

tierra». Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo».

ORACIÓN

¡Señor Jesucristo! ¡Tú que conociste de antemano tu destino y, sin embargo, no te echaste atrás; Tú que aceptaste nacer en la pobreza y la humildad, aún más, que en la pobreza y la humildad cargaste el pecado del mundo; Tú, un sufriente, hasta odiado, abandonado, escarnecido, escupido y finalmente abandonado por Dios inclinaste la cabeza en la ignominiosa muerte: oh, pero Tú la levantaste otra vez, Tú, eterno Señor de la victoria, Tú que no venciste a tus enemigos en la vida pero que en la muerte venciste incluso a la muerte; Tú levantaste, para siempre victorioso, Tú levantaste otra vez la cabeza, Tú que ascendiste al cielo! ¡Que nosotros podamos seguirte!

Cristo es el camino

Cristo es el camino. Son sus propias palabras[2], de modo que debe ser verdad.

Y este camino es *angosto*. Son sus propias palabras, de modo que debe ser verdad. Aun cuando no lo hubiera dicho, sería verdad. Aquí tienes el ejemplo de lo que es «predicar» en el más alto sentido. Pues aunque Cristo nunca hubiera dicho: «la puerta es estrecha y es angosto el camino que conduce a la vida»[3], míralo a él y lo verás de inmediato: es angosto este

2. *Juan* 14, 6.
3. *Mateo* 7, 14.

camino. El hecho de que su vida todos los días y a cada hora y a cada instante exprese: el camino es angosto, es una predicación muy diferente y diferentemente persuasiva de que el camino es angosto — mucho más que si su vida no lo hubiera expresado y él algunas veces hubiera predicado: el camino es angosto. Asimismo, tú ves aquí que la predicación que se aleja a la mayor distancia posible del verdadero cristianismo es la de un hombre cuya vida, todos los días y a cada hora del día y a cada instante, expresa lo contrario de lo que predica, y luego en una media hora predica lo cristiano. Tal predicación convierte lo cristiano exactamente en su contrario. En aquel viejo himno («Oh, gran Dios, te alabamos»[4]), que menciona las diferentes predicaciones de la Palabra, tampoco se menciona ese tipo de predicación, un invento de un tiempo posterior — «cuando el cristianismo ha triunfado completamente». En el himno se dice «los profetas te dieron a conocer» (Dios); ellos fueron los primeros en el tiempo. Después «los apóstoles te predicaron». Esto es lo extraordinario: profetas y apóstoles. Ahora viene toda una muchedumbre, una multitud de hombres — en la que me imagino que estamos comprendidos tú y yo — sí, ahora escucha: «Y la multitud de mártires te alabó solemnemente en la hora de la muerte». Y entonces se acabó. Esta es la verdadera predicación de la enseñanza de que el camino es angosto; el predicador no se burla de sí mismo, como lo estaría haciendo si transitara por un camino fácil, en tanto que (quizá conmovido, convincente, quizá no sin lágrimas — ¡quizás hasta echándose a llorar!) predicara que el «camino» es angosto, es decir, no el que transita él. No, es la vida del predicador la que expresa la enseñanza: el camino es angosto; sólo hay un camino, el que transita el predicador predicando que el «camino» es angosto. No hay

4. Viejo himno de acción de gracias atribuido a Ambrosio de Milán, que fue traducido al danés a partir de la versión alemana de Lutero. Aún hoy figura en el himnario oficial de la Iglesia del Pueblo de Dinamarca y se sigue cantando, sólo que en una versión un poco distinta a la que cita Kierkegaard del *Psalmebog. Samlet og udgivet af Roskilde-Konvents Psalmekomite*, Kbh. 1850. La cita de Kierkegaard es la estrofa 7 del himno n.º 3 de dicho himnario.

dos caminos: uno fácil, llano, por el que transita el predicador predicando que el «camino» es angosto, y el verdadero camino, el camino por el cual él no transita, de modo que su predicación invita a los hombres a seguir a Cristo por el camino angosto, en tanto que su vida, y ésta naturalmente tiene un poder mucho mayor, los invita a seguir al predicador por el camino fácil y llano. ¿Es esto cristianismo? No, cristianamente, vida y predicación deben expresar lo mismo, esto mismo: «el camino es angosto».

Y este camino que es Cristo, este angosto camino, es angosto *desde el comienzo*.

Él nace en pobreza y miseria; uno casi se ve tentado a pensar que no es un hombre quien aquí nace — nace en un establo, es envuelto en trapos, puesto en un pesebre y asombrosamente ya desde niño perseguido por los poderosos, de modo que los pobres padres deben huir con él. Éste es en verdad un camino particularmente angosto, pues cuando se nace en posición encumbrada, por ejemplo como heredero de un trono, sí, entonces puede suceder que uno sea objeto de persecuciones por parte de los poderosos; pero nacer en un establo y ser envuelto en trapos — esto es pobreza y miseria, y puede significar estrechez; pero, en tal caso, se suele estar libre de persecuciones por parte de los poderosos.

Mas como por el nacimiento no parece destinado a una posición encumbrada, entonces la situación resulta poco más o menos como era al principio: él vive en pobreza y humildad, no tiene dónde reclinar su cabeza.

Esto debería bastar, creo, para que humanamente hablando se pudiera decir de un camino que es angosto. Y sin embargo, ésta es seguramente la parte más fácil del camino angosto.

El camino es angosto de una manera muy distinta y desde el principio mismo, pues su vida es desde el principio mismo una historia de tentación. No se reduce a un período determinado de su vida, los cuarenta días[5]; no, su vida (que también es la historia de la pasión) es la historia de la tentación.

5. Véase *Mateo* 4, 1-2.

A cada instante de su vida es tentado — es decir, tiene esta posibilidad en su disposición, la de tomar su vocación, su tarea, en vano. En el desierto, el tentador es Satán; otras veces, son otros quienes desempeñan el papel del tentador, ya el pueblo, ya los discípulos; quizá también alguna vez, sobre todo en el comienzo, los poderosos lo procuraron: tentarlo para mundanizar su vocación, su tarea — y entonces él de un modo u otro habría llegado a ser algo grande en el mundo, rey y señor, el único deseo de sus amados discípulos, y entonces podría haber sido tentado en favor de ellos a ceder un poco, en lugar de verse obligado a hacerlos tan infelices, humanamente hablando, como fuera posible. En tanto que otros, con enorme esfuerzo, ya desde el principio luchan por llegar a ser rey y señor, Él con esfuerzo infinitamente mayor, ya desde el principio, debió defenderse de que lo proclamaran rey y señor. ¡Oh, camino angosto! Sobradamente angosto cuando el sufrimiento es inevitable, cuando no hay ninguna salida: camino aún más angosto cuando en cada instante de sufrimiento (¡ay, y cada instante era sufrimiento!) existe esta —¡tremenda!— posibilidad que casi le es impuesta, esta posibilidad de poder procurar fácilmente, más que un alivio, ¡la victoria y todo lo que un corazón terrenal pueda pedir! ¡Camino angosto que, no obstante, muchos seguidores verdaderos, si bien en menor medida, han debido recorrer! Lo humano general consiste en aspirar a ser tenido por algo grande, y la falsedad general consiste en hacerse pasar por algo más de lo que se es. El sufrimiento religioso empieza de otra manera. Por su relación con Dios, el que es llamado se siente tan poderoso que no se ve tentado precisamente por el ansia de ser tenido por más. No, pero en el mismo instante, una angustia de muerte lo atraviesa; porque él comprende: esta clase de don suele ser la perdición segura. Y entonces la tentación consiste en decir de sí mismo menos de lo que se es en verdad. Esto nadie, nadie podrá saberlo, además de él, excepto Dios; y si él cede a esa tentación, entonces le espera regocijo y júbilo y gloria, porque de este modo vence — él debe, por lo tanto, cuidarse de vencer. ¡Camino angosto!

El camino es angosto ya desde el principio; pues él sabe de antemano y ya desde el principio su destino. ¡Oh, qué tremenda carga de sufrimientos ya desde el principio! Hubo muchos, muchos que confiados, casi exultantes, fueron a la lucha con el mundo; ellos esperaban que habían de vencer. No ocurrió así; el asunto tomó otro rumbo, pero aun en el instante en que más inevitable parecía la derrota, aun en ese instante había en ellos una esperanza humana de que todavía podía tornarse en victoria o una esperanza temerosa de Dios de que todavía todo podría tornarse en victoria, ya que todo es posible para Dios. Pero Cristo sabía su destino desde el principio, sabía que era inevitable — ¡Él mismo lo quiso y entró libremente en él! ¡Tremendo conocimiento ya desde el principio! Cuando el pueblo, al comienzo de su vida, lo recibe exultante, Él sabe en ese instante lo que significa: que es ese pueblo el que gritará: «¡Crucifícalo!». «¿Por qué quiere, pues, involucrarse con el pueblo?». ¡Atrevido, así osas hablar al salvador del género humano! Ahora, Él realiza otra obra de amor hacia este pueblo (y no otra cosa fue toda su vida); pero sabe en el mismo instante lo que significa: que también esta obra del amor contribuye a llevarlo a la cruz. Si se hubiese amado a sí mismo y no hubiera cumplido la obra del amor, entonces quizá su crucifixión habría sido dudosa. «¡Pero entonces habría podido no realizar esa obra!». ¡Atrevido, así osas hablar al salvador del mundo! ¡Oh, angosto camino! Angosto camino que, no obstante, muchos verdaderos seguidores han debido recorrer, aunque en menor medida. Es para un corazón humano una dichosa sensación la de cerciorarse de qué fuerzas le son concedidas. Entonces hay un instante en el comienzo en el cual «el que es llamado» parece sopesar sus fuerzas, dichoso y agradecido como un niño por lo que le ha sido concedido y como un niño desea quizás aún más, aunque humildemente, y le es otorgado. Y le es otorgado aún más. Él se siente casi desbordado; dice «no, no deseo más». Pero es como si una voz le dijera: «Oh, amigo mío, esta es sólo una pequeña parte de lo que te ha sido concedido». Entonces, el que es llamado empalidece, se hunde casi impotente y dice: «¡Oh, Dios mío, lo entiendo,

mi destino ya está decidido, mi vida consagrada al sufrimiento, sacrificada! ¡Y ya ahora tengo que poder entenderlo!». ¡Camino angosto!

Sí, el camino es angosto ya desde el principio; pues él sabe ya desde el principio que su trabajo es trabajar contra sí mismo. ¡Oh, angosto puede ser incluso el camino en el que, no obstante, puedes usar todas tus fuerzas para abrirte paso, dado que la oposición está fuera de ti; pero cuando tienes que usar todas tus fuerzas para trabajar contra ti mismo es infinitamente poco decir que el camino es angosto, es más bien ¡intransitable, lleno de obstáculos, imposible, desquiciado! Y sin embargo, el camino del cual se dice que Cristo es el camino, éste es así de angosto. Pues en cuanto a lo verdadero, a lo bueno que él quiere — si no lo abandona, si trabaja para ello con todo su poder, trabaja entonces para su inevitable ruina. Y por el otro lado, si se introduce la verdad demasiado rápido, entonces su ruina llegará muy pronto; él debe, por lo tanto, trabajando contra sí mismo durante un largo tiempo, simular que se entrega a las ilusiones para asegurar así de manera aún más profunda la ruina. ¡Camino angosto! ¡Ir por ese camino es inmediatamente, desde el principio, como morir! Ser omnipotente como para disponer de las fuerzas de la omnipotencia; ser hombre y, de este modo, ser capaz de padecer todos los sufrimientos humanos: y entonces tener que usar estas fuerzas de la omnipotencia para trabajar contra sí mismo, saberlo ya desde el principio — oh, ya desde el principio, ¡camino angosto!

Y este camino, que es Cristo, este camino angosto se hace en su andar más y más angosto hasta el final, hasta la muerte.

Se hace más angosto; es decir, no se hace poco a poco más fácil. No; de un camino que poco a poco se hace más fácil, de un camino así, no cabe decir que Cristo sea el camino. Un camino así es aquel por el que andan la prudencia y el entendimiento humanos. Quizá uno tenga más prudencia, mayor entendimiento que otro, y sea capaz de resistir y atreverse más allá, pero siempre vale decir que el entendimiento y la prudencia pueden calcular que cuando por mayor o

menor tiempo se han soportado el sufrimiento y el esfuerzo, entonces el camino se hace más fácil e incluso se triunfa en la vida. Por el contrario, un camino que se hace más y más angosto hasta el final: por este camino nunca van la prudencia y el entendimiento — «sería una locura».

Pero sea locura o prudencia, es así: el camino angosto se hace más angosto.

«¡Fuego he venido a arrojar sobre la tierra, y cómo querría yo que ya estuviera ardiendo!»[6]. Es un suspiro — el camino es angosto. ¡Un suspiro! ¿Qué es un suspiro? Un suspiro significa que hay algo encerrado allí dentro, algo que quiere salir, pero que sin embargo no puede o no se le deja salir, algo que pide aire; entonces un hombre suspira y toma aire (para no perecer) mientras brega por aire para no perecer. ¡Fuego he venido a arrojar sobre la tierra y cómo querría yo que ya estuviera ardiendo! ¡Cómo describir este sufrimiento! Permíteme intentarlo; pero permíteme enseguida desistir del intento de antemano y decir que, si hubiera que describir el sufrimiento, sólo se trataría de una impotente nada. Imagínate un barco, pero imagínatelo infinitamente más grande que cualquiera que se vea en la realidad; imagínate, por decir algo, que pudiera albergar cien mil hombres. Es tiempo de guerra, en medio de la batalla — y el plan de guerra exige: debe estallar por los aires. ¡Imagínate al capitán que debe encender este fuego! Y ésta no es sino una mísera e insignificante imagen. Pues qué son cien mil hombres en comparación con el género humano, y qué es estallar por los aires todos juntos en comparación con el espanto del fuego que Cristo debía encender, que al estallar debía separar padre e hijo, hijo y padre, madre e hija, hija y madre, suegra y nuera, nuera y suegra[7] — ¡y donde el peligro no es el de la muerte sino el de la pérdida de la bienaventuranza eterna! «¡Fuego he venido a arrojar sobre la tierra, y cómo querría yo que ya estuviera ardiendo!». Sin embargo, todavía no ha llegado el momento, lo terrible;

6. *Lucas* 12, 49.
7. *Lucas* 12, 53.

aunque no es menos terrible el momento previo cuando uno suspira: ¡ah, ojalá ya hubiera pasado!

«¡Oh tú, generación incrédula! ¿Cuánto tiempo habré de estar con vosotros? ¿Cuánto tiempo habré de soportaros?»[8]. Es un suspiro. Es como cuando el enfermo, no en el lecho de enfermo sino en el lecho de muerte — pues no se trata de ninguna enfermedad leve; ¡está desahuciado! — se yergue apenas, levantando la cabeza de la almohada, y dice: ¿qué hora es? — La muerte es un hecho, la pregunta es sólo: ¿cuánto tiempo queda?, ¿qué hora es? Sin embargo, el momento no ha llegado todavía, lo terrible, aunque no es menos terrible el momento previo, en que el que sufre suspira: ¿cuánto más tengo que seguir padeciendo?

Entonces Él está reunido por última vez con sus apóstoles para una comida que había deseado entrañablemente compartir con ellos antes de morir. Indefenso está Él, como siempre. Indefenso. Sí, pues habría podido, en cierto sentido, defenderse. Habría podido — y habría sido una forma de mitigar que nosotros los hombres hubiéramos admirado infinitamente — habría podido decirle a Judas: quédate lejos, no vengas a esta comida, tu presencia me afecta dolorosamente. O bien, habría podido pedirle a uno de los apóstoles —sin siquiera mencionarle lo que sabía de Judas— que le dijera que no tenía que venir. ¡Pero no! Están todos reunidos. Entonces le dice a Judas: «¡Lo que vayas a hacer, hazlo pronto!». Es un suspiro. Sólo que hazlo pronto. Hasta lo más terrible es menos terrible: ¡sólo que hazlo pronto! Un suspiro que respira lento y profundo: ¡sólo que hazlo pronto! Es como cuando alguien que tiene una enorme tarea por cumplir, exigido casi más allá de sus fuerzas, siente sin embargo que para el instante siguiente todavía le quedan fuerzas — «un instante después quizás esté debilitado, no sea más sí mismo» — y por eso: ¡sólo que hazlo pronto! ¡Lo que vayas a hacer, hazlo pronto![9].

Entonces se levanta de la mesa y sale al huerto de Getsemaní; allí se rinde: ¡oh, si esto pasara pronto! Él se rinde,

8. *Mateo* 17, 17.
9. *Juan* 13, 27.

agoniza, sí, ¿era más un moribundo en la cruz que en Getsemaní? Si el sufrimiento en la cruz era una lucha a muerte: oh, esta lucha en la plegaria, era también una lucha a vida o muerte; hasta con sangre, pues su sudor cayó como gotas de sangre sobre la tierra.

Entonces se levanta fortalecido; ¡hágase tu voluntad, Padre en los cielos!

Entonces besa a Judas — ¡has oído algo semejante! — ¡entonces es prendido, acusado, condenado! ¡Fue un proceso regular, fue justicia humana! Allí estaba el pueblo al que había beneficiado; en verdad no había querido nada para sí mismo, había ofrecido cada día de su vida y cada pensamiento a ese pueblo que grita: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Y había un gobernador que temía al César, un hombre formado, que tampoco descuidó lo esencial: «¡lavarse las manos!»[10] — ¡y así fue condenado!, ¡oh, justicia humana! Sí, en tiempo de calma, cuando todo sigue su curso llano, sobreviene una pequeña migaja de justicia; pero cada vez que llega lo extraordinario: ¡oh, justicia humana!, ¡oh, cultura humana!, ¿qué te diferencia de lo que más aborreces, la falta de educación, la crueldad de la multitud? Tú haces lo mismo que ella, pero cuidas las formas, no lo haces con las manos sin lavar: ¡oh, cultura humana!

Entonces es clavado en la cruz — un solo suspiro aún, y se acabó. Un suspiro aún, el más profundo, el más terrible: ¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado! Esta humillación es el final del sufrimiento. En sus seguidores en sentido estricto, los mártires, encontrarás atisbos de lo mismo. Ellos se han amparado en Dios y en la ayuda de Dios, abandonados por todos —¡sí, qué maravilla!, ¿no?—, se han sentido y mantenido fuertes con la ayuda de Dios. Luego, llega el instante final en que el suspiro resuena: «Dios me ha abandonado»; «por tanto vosotros tuvisteis razón, vosotros, mis enemigos, os alegráis ahora; nada de lo que he dicho era verdadero, todo fue una ilusión, ahora se ve: Dios no está conmigo, me ha abandonado». ¡Oh, Dios mío! Y ahora Él,

10. *Mateo* 27, 24.

Él que había dicho ser el unigénito del Padre, uno con el Padre; uno con el Padre — pero si son uno, ¡cómo puede entonces el Padre abandonarlo en algún instante! Y sin embargo Él dice: ¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado![11]. Por tanto, no era verdad que fuera uno con el Padre. ¡Oh, el más extremo de los sufrimientos sobrehumanos; oh, un corazón humano se habría quebrado antes, sólo el Dios-hombre debe sufrir enteramente este final. Entonces él muere.

Oyente mío, recuerda ahora lo que dijimos al comienzo: este camino es estrecho — ¿no es así?

Sin embargo, vayamos más lejos; y *Cristo es el camino*. Cristo es el camino: él sube a la montaña, una nube lo oculta de la vista de los discípulos, asciende a los cielos; y ¡él es el camino!

Quizá digas: «Sí, y era de esto de lo que había que hablar hoy, no como tú has hablado, casi como si fuera un viernes santo». Oh, amigo mío, ¿eres tú uno de aquellos que en una hora y fecha precisas pueden entrar en un determinado estado de ánimo? ¿Supones que el sentido del cristianismo es que seamos así o más bien que deberíamos en lo posible reunir los diferentes elementos de lo cristiano? Justo en el día de la ascensión debe recordarse que él es el camino angosto; pues de lo contrario fácilmente podríamos tomar la ascensión en vano. Recuerda, el camino fue angosto hasta el final, la muerte se interpone — luego le sigue la ascensión a los cielos. No fue a la mitad de camino cuando subió a los cielos, ni siquiera al final del camino, pues el camino termina en la cruz y en el sepulcro. La ascensión a los cielos no es una continuación directa de lo anterior, ¡por cierto que no! Y un camino angosto que aun en esta vida se hace cada vez más fácil tampoco sube tan alto, ni siquiera cuando sube a lo más alto del triunfo, nunca tan alto como una ascensión a los cielos. Pero todo viviente —si es que está en el camino correcto y no en un desvío— está en el camino angosto.

Por eso, debería hablarse de la ascensión a los cielos y de que Cristo es el camino. Oh, pero la ascensión a los cie-

11. *Mateo* 27, 46.

los es muy fácil de realizar siempre y cuando lleguemos hasta allí; y si hay una manera de no llegar hasta allí es pensando meramente en la ascensión, aun cuando te dejes elevar por el pensamiento de su ascensión a los cielos.

Él asciende a los cielos: de este modo nunca nadie ha salido victorioso. Una nube lo ocultó de su vista: de este modo nunca ha sido elevado de la tierra ningún triunfador. Él está sentado a la derecha del Poder — ¿o sea que el triunfo no termina con la ascensión a los cielos? No, con ella comienza: de este modo nunca nadie ha triunfado. Él regresa con los ejércitos de ángeles — ¿o sea que el triunfo no termina con la toma de posesión a la derecha del Todopoderoso? Esto era sólo el fin del comienzo. ¡Oh, eterno Señor de la victoria!

¡Oyente mío! ¿Por qué camino vas tú en la vida? Recuerda lo que me digo a mí mismo: que no de todo camino angosto vale decir que Cristo sea el camino ni tampoco que conduzca al cielo.

Alguien piadoso ha dicho que a un hombre le cuesta lo mismo o incluso le supone una dificultad aún mayor ir al infierno que llegar al cielo. Por lo tanto, el camino de la perdición es un camino angosto, pero este camino no es Cristo y tampoco conduce al cielo. Por este camino hay suficiente desasosiego y angustia y tormento; en este sentido, el camino verdaderamente angosto, el camino a la perdición, el camino que a diferencia de los otros caminos mencionados (el camino que en el comienzo es angosto y se hace cada vez más fácil; el camino angosto que se hace cada vez más angosto) se reconoce porque parece muy fácil en el comienzo pero se hace cada vez más terrible. Pues es muy fácil sumarse a la danza del deseo; pero más tarde, cuando es el deseo el que danza con el hombre contra su voluntad: ¡es una pesada danza! Y es tan fácil dar rienda suelta a las pasiones — movimiento intrépido que apenas se puede seguir con la vista — hasta que las pasiones, después de haber tomado las riendas que les fueron dadas, con un movimiento aún más intrépido — ¡el propio hombre apenas se atreve a ver hacia dónde conducen! — ¡lo arrastran con ellas! Y es muy fácil dejar que un pensamiento pecaminoso se entrometa en el corazón —¡ningún seductor ha sido tan hábil como lo es un pensamiento pecaminoso!—, es tan fácil que no vale aquí aquello de que lo primero es lo que cuenta. ¡Oh, no!, no cuesta nada en absoluto; al contrario, el pensamiento pecaminoso paga un precio exorbitante, no cuesta nada en absoluto — sino hasta el final, cuando tú debes pagar caro por eso primero que no costaba nada en absoluto; pues una vez que el pensamiento pecaminoso ha entrado se lo cobra muy caro. El pecado generalmente entra en un hombre como adulador, pero cuando el hombre se ha convertido en esclavo del pecado, esta esclavitud es la más terrible — un camino angosto, ¡un camino a la perdición tremendamente angosto!

Pero hay algo además. Hay también otros caminos angostos de los cuales, sin embargo, no vale incondicionalmente que Cristo sea el camino o que conduzcan al cielo. Hay suficientes sufrimientos humanos, hasta demasiados, enfermedad y pobreza e incomprensión, ¡quién podría nombrar todos estos sufrimientos! Todo aquel que va por tal camino, va también por un camino angosto. En verdad, no deberíamos elevar el tono al hablar, como si estos sufrimientos no contaran para nada — pero, amigo mío, tú mismo sabes lo que es el cristianismo, sólo permíteme recordártelo. Lo que distingue el camino angosto cristiano del camino angosto humano común es: lo voluntario. Cristo no fue alguien que deseaba bienes terrenales, pero debió contentarse con la pobreza. No fue alguien que buscaba el honor y el reconocimiento humanos, pero debió contentarse con vivir en la pequeñez o quizá incomprendido y denigrado. No, él eligió la humillación. Éste es, en el sentido más estricto, el camino angosto. Los sufrimientos humanos comunes no son, en el sentido más estricto, el camino estrecho, aunque el camino pueda ser en verdad muy angosto y tú puedas también tratar de ir cristianamente por este camino angosto de los sufrimientos humanos. Este sufrimiento, si cristianamente vas por él, conduce al cielo donde Él entró, Él, el ascendido a los cielos.

No obstante, la verdad es que se ha dudado de la ascensión a los cielos.

Sí, ¿quién ha dudado? ¿Será alguno de aquellos cuya vida lleva las marcas de la «imitación»? ¿Será alguno de aquellos que dejaron todo para seguir a Cristo? ¿Será alguno de aquellos a quienes marcó la persecución, puesto que una vez que se produce la «imitación», la persecución le sigue en consecuencia? No, de ellos, ninguno. Pero cuando se abolió la «imitación» y en consecuencia la persecución se hizo imposible, eso, en la jerga de malhechores con que hablamos los hombres, no sonó como una acusación contra un retroceso en el cristianismo de un siglo extraviado, válgame Dios; no, sonó como una alabanza a un incomparable progreso en tolerancia de un siglo iluminado; cuando se rebajó el ser cristiano, de modo que ser cristiano se convirtió en casi nada — y por lo tanto tampoco había nada que perseguir: entonces del ocio y de la autocomplacencia surgió toda clase de dudas. Y la duda, el que duda, se hizo importante; y uno se hizo importante dudando — y así como una vez (cosa que en verdad no aprobamos, pero al menos entendemos mejor) uno se hizo importante dando todos sus bienes a los pobres, ahora uno (presumiblemente para establecer el verdadero concepto de «lo meritorio» en lugar del malentendido medieval del cual se abominaba piadosamente) se hizo importante dudando. Y mientras se dudaba de todo, una cosa estaba fuera de toda duda, que uno de este modo («se debe dudar de todo») se aseguraba no algo dudoso, sino nada menos que una posición totalmente sólida en la sociedad, acompañada de grandes honores y prestigio entre los hombres.

Por lo tanto, algunos dudaron. Pero entonces hubo otros que trataron de refutar la duda con razones. En realidad, la situación era ésta: lo primero fue tratar de refutar lo cristiano con razones o de establecer razones para lo cristiano. Y estas razones — ellas, generaron la duda, y la duda se convirtió en lo más fuerte. La prueba de lo cristiano consiste realmente en la «imitación». Ésta fue eliminada. Así se sintió la necesidad de las razones; pero estas razones, o bien el hecho de que haya razones ya es una especie de duda — entonces surgió la duda y vivió de las razones. No se advirtió que cuantas más razones se presentan, más se alimenta la duda y tanto más se

fortalece, y que ofrecerle razones a la duda para aniquilarla es como ofrecerle a un monstruo hambriento del que uno quiere deshacerse el sabroso alimento que más ama. No, a la duda —al menos cuando se quiere aniquilarla— no hay que ofrecerle razones, sino como hace Lutero ordenarle cerrar la boca, y con ese propósito conservar limpia la propia y no presentar ninguna razón.

Por el contrario, aquellos cuya vida estuvo marcada por la «imitación» no dudaron de la ascensión a los cielos. Y ¿por qué no? En primer lugar, porque su vida fue demasiado esforzada, demasiado sacrificada en sufrimientos cotidianos, como para que pudieran distraerse con razones y dudas, con pares y nones. La ascensión a los cielos la daban por segura; aunque quizá rara vez llegaban a detenerse en ella — porque su vida era muy activa y transcurría por el camino angosto. Sucede como con un guerrero que posee un suntuoso uniforme, sabe bien que lo tiene pero casi nunca lo mira, pues toda su vida transcurrió entre luchas y peligros cotidianos y por eso lleva un traje ordinario para moverse mejor. Mira, así eran aquellos cuya vida estaba marcada por la imitación, seguros de que su señor y maestro asciende a los cielos. Y lo que contribuyó a ello fue nuevamente la imitación. Todos estos dolorosos sufrimientos cotidianos que debían soportar, todos estos sacrificios que debían ofrecer, toda esta oposición, escarnio y burla y risa y crueldad sangrienta de los hombres, todo esto torturó al «imitador» hasta provocar en él la necesidad de, así como la ascensión quiebra las leyes naturales (ésta es precisamente la objeción de la duda), la necesidad de quebrar también los consuelos meramente humanos (¡cómo podrían éstos consolar a quien debe sufrir por hacer el bien!); ellos necesitan otro consuelo, necesitan la ascensión a los cielos de su señor y maestro y penetran en la ascensión por la fe. Así sucede siempre con la necesidad en un hombre; del que come viene la comida: donde está la necesidad es como si ella misma produjera lo que necesita. Y los imitadores, en verdad necesitaban la ascensión de Cristo para soportar la vida que llevaban — y por lo tanto es entonces cierta. Pero alguien que goza distraído de los buenos tiempos o está en

plena actividad de la mañana a la noche y nunca ha sufrido nada por causa de la verdad, no la necesita; es, más bien, algo que se imagina o algo de lo que se deja convencer por dinero; es más bien casi como una curiosidad ocuparse de esta ascensión — y entonces duda, naturalmente tampoco la necesita; él encuentra algunas razones o algún otro tiene la bondad de ofrecerle tres razones — bueno, ¡después de todo su necesidad tampoco es muy grande!

Y ahora tú, oyente mío, ¿qué haces tú? ¿Dudas de la ascensión a los cielos? Si es así, haz como yo, di a ti mismo: sí, ante tamaña duda no hay reparos que oponer, sé bien de dónde viene y de qué viene; es decir, tengo que haberme apartado de la «imitación», mi vida no ha sido lo suficientemente forzada en esa dirección, la paso demasiado bien ahorrándome los peligros ligados al testimonio de la verdad y contra la mentira. ¡Entonces sigue así! Pero no te hagas el importante dudando; no hay tampoco —¡te lo aseguro!— ninguna razón para ello, ya que toda duda semejante no hace sino delatarte. No, haz ante ti mismo y ante Dios el reconocimiento y verás que sucederá una de dos: o bien serás movido a aventurarte más lejos en la «imitación» — y entonces la certeza en relación a la ascensión a los cielos llega de inmediato; o bien te humillas reconociendo que te has apartado, que te has convertido en un pastor de comadres, y entonces al menos no te permitirás dudar sino que dirás humildemente: «que Dios tenga la bondad de tratarme como a un niño, que habiendo sido eximido casi por completo de los sufrimientos de la 'imitación', al menos no quiera ser un niño maleducado que para colmo de males duda de la ascensión a los cielos». Oh, cuando tú vives admirado, lisonjeado, respetado, en la opulencia — te ves tentado a decir tanto y a participar de tantas cosas, que quizá te valdría más no haberlo hecho, pues —¡recuérdalo!— tú tendrás no obstante que dar cuenta — — y, además, la ascensión a los cielos se te va muy fácil de la cabeza y, si alguna vez piensas en ella, dudas y dices: ¿una ascensión a los cielos? Pero si va en contra de las leyes de la naturaleza, en contra del espíritu — ¡claro que sólo del espíritu de la naturaleza! — en la naturaleza. Sin embargo, cuando es por una

buena causa — pues de lo contrario no ayuda, y cuando es así choca con todos los conceptos meramente humanos: sufrir porque uno hace bien, porque uno tiene razón, porque uno ama — cuando es por una buena causa por la que vives abandonado, perseguido, escarnecido, en la pobreza: verás que no dudas de su ascensión a los cielos, pues tú la necesitas. Y ni siquiera se necesita tanto para detener la duda; pues cuando te humillas ante Dios, reconociendo que tu vida no está marcada como la del imitador en sentido estricto, cuando te humillas así, entonces no te atreves a dudar. ¿Cómo se te podría ocurrir presentarte con una duda, cuando la respuesta debe ser: ve primero y conviértete en un imitador en sentido estricto? Sólo un imitador tal tiene derecho a hablar — y de ellos, no dudó ninguno.

III

HECHOS DE LOS APÓSTOLES 2, 1-12

ESTA LECCIÓN SAGRADA ESTÁ ESCRITA
EN LOS *HECHOS DE LOS APÓSTOLES*

Cap. 2, 1-12[1]

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios».

1. Como ya dijimos en el capítulo anterior, en la época de Kierkegaard, a diferencia de lo que sucede hoy, cuando se citaba «-12» ese último versículo no era incluido en la transcripción.

ORACIÓN

Tú, Espíritu Santo, tú que vivificas, bendice tú también esta nuestra reunión, a quien habla y a quien escucha; ¡que con tu ayuda venga aire fresco desde el corazón y llegue también al corazón!

Estimado oyente. Si quieres prestar atención, no al discurso que se pronuncia los días santos en nuestras iglesias, sino al que se pronuncia los días de semana e incluso el domingo fuera de la iglesia: difícilmente encontrarás a alguien que no crea en algo — por ejemplo, en el «espíritu del tiempo». Aun aquel que se despidió de lo más alto y volvió dichoso a la mediocridad, sí, aun aquel que desde hace mucho vive esclavo de la bajeza o al servicio del despreciable lucro, también él cree, y de manera firme y plena, en el espíritu del tiempo. Ahora bien, tampoco pensemos que cree en algo demasiado alto, pues el espíritu del tiempo no es más alto que el tiempo, se mantiene a ras de la tierra, de modo que como espíritu habría más bien que compararlo con la neblina del pantano; pero, no obstante, él cree en el espíritu. O bien cree en el «espíritu del mundo», este poderoso espíritu — sí, en hechizos; este vigoroso espíritu — sí, en ilusiones; este ingenioso espíritu — sí, en engaños; este espíritu que el cristianismo llama malo — de modo que, al parecer, no es nada alto aquello en lo que cree cuando cree en este espíritu; no obstante, él cree en el espíritu. O bien cree en el «espíritu humano», no el espíritu del individuo singular, sino el espíritu del género humano, este espíritu que cuando está abandonado de Dios por haber abandonado a Dios es otra vez, según la enseñanza del cristianismo, un espíritu malo — de modo que, al parecer, no es nada alto aquello en lo que cree cuando cree en este espíritu; no obstante, él cree en el espíritu.

Por el contrario, tan pronto como el discurso pasa a ser un discurso sobre el Espíritu Santo, sobre el creer en un Espíritu Santo: ¿cuántos, piensas tú, creen en él? O bien cuando el discurso pasa a ser un discurso sobre un espíritu malo al

que hay que renunciar: ¿cuántos, piensas tú, creen en semejante cosa?

¿Cómo puede ser eso? ¿Será quizá porque la cuestión se vuelve demasiado seria cuando se trata de un Espíritu Santo? Pues del espíritu del tiempo y el espíritu del mundo y cosas por el estilo, puedo hablar; en ellos puedo creer; no necesito pensar nada definido en relación con ellos; así son, pero no estoy de ninguna manera atado a lo que digo; y el no estar atado a lo que se dice es algo que se aprecia. ¿Con cuánta frecuencia se escucha: quiero decir esto y aquello, pero no quiero estar atado por mi palabra? Pero de que hay un Espíritu Santo y de creer en un Espíritu Santo no se puede hablar sin atarse a la propia palabra y, en consecuencia, sin atarse a este Espíritu Santo en la renuncia al espíritu malo. Es demasiado serio: que haya tanto un Espíritu Santo —¡oh, seriedad!— como un espíritu malo para confirmar la seriedad. ¡Qué serio! ¡Un espíritu malo! Sí, quien cree en el espíritu del tiempo o en el espíritu del mundo cree ciertamente, de acuerdo con la concepción del cristianismo, en un espíritu malo, pero esta no es su propia concepción y en realidad no cree que haya ningún espíritu malo. Para él, en el sentido más profundo, la oposición bueno-malo ni siquiera existe. Disperso como es, o disoluto, dudando en su fe, inconstante en todos sus caminos[2], inclinándose ante cualquier brisa del tiempo, el objeto de su fe es de la misma clase: lo vacío, el espíritu del tiempo; o bien, mundanizado como es, en todas sus ilusiones y anhelos, su objeto de fe también es, en consecuencia, el espíritu del mundo.

Pero el cristianismo, que exige la renuncia al espíritu malo, enseña que hay un Espíritu Santo. Y hoy se celebra la fiesta de este Espíritu Santo en la iglesia, la fiesta de Pentecostés, en conmemoración del día en que el Espíritu por primera vez fue derramado sobre los apóstoles. Y por eso debe hablarse hoy de este Espíritu Santo, cosa que ahora vamos a hacer, al hablar de la siguiente palabra:

el Espíritu es el que vivifica.

2. *Santiago* 1, 8.

Oyente mío, con respecto al cristianismo, no hay nada a lo cual todo hombre esté por naturaleza más inclinado que a tomarlo en vano. Tampoco hay nada cristiano, ni una sola determinación cristiana, que no pueda convertirse en algo totalmente distinto con sólo hacer el pequeño cambio de quitar una determinación intermedia, y de eso totalmente distinto debe decirse «esto ha surgido del corazón del hombre»[3] — y así se lo vuelve vano. Por otro lado, no hay nada contra lo cual el cristianismo se haya asegurado con mayor cuidado y celo que contra el ser tomado en vano. No hay ninguna, ninguna determinación de lo cristiano sin que el cristianismo coloque como determinación intermedia: la muerte, el morir a — para, de ese modo, asegurar lo cristiano contra el ser tomado en vano. Se dice: «el cristianismo es el dulce consuelo» — sí, no se puede negar, siempre y cuando primero quieras morir, morir a. ¡Pero esto no es tan dulce! Se presenta a Cristo, diciendo: «Escuchad su voz, de qué manera dulce y atractiva llama a todos hacia sí, a todos los que sufren, y les promete descanso para sus almas» — y en verdad es así, Dios me libre de decir otra cosa; pero, sin embargo, sin embargo, antes de que este descanso para el alma te toque a ti, y para que pueda tocarte a ti, es necesario (también lo dice el que invita y lo expresó toda su vida aquí en la tierra, todos los santos días y las santas horas del día) que tú primero mueras, que mueras a...: ¿es esto tan atrayente?

Así también sucede con esta afirmación cristiana: el Espíritu es el que vivifica. ¿A qué sentimiento se aferra el hombre con mayor firmeza que al sentimiento de la vida? ¿Qué desea con más fuerza y vehemencia que sentir realmente la vida dentro de sí? ¿A qué le tiene más miedo que a morir? Pero aquí se predica un Espíritu que vivifica. Pues bien, apresurémonos a aceptarlo, ¿quién vacilará? ¡Danos vida, más vida, que el sentimiento de vida rebose en mí, como si toda la vida pudiera juntarse en mi pecho!

Pero ¿podría ser cristianismo esto, este terrible extravío? ¡No, no! Esta vivificación en el Espíritu no es una elevación

3. *1 Corintios* 2, 9.

directa de la vida natural en un hombre en continuidad y conexión *inmediatas* con ella —¡oh, blasfemia!, ¡oh, qué terrible tomar de tal modo el cristianismo en vano!—, esta vivificación en el Espíritu es una nueva vida. Una nueva vida, sí, y no es una mera forma de hablar, como cuando usamos esta expresión tanto para una cosa como para otra cada vez que algo nuevo empieza a agitarse en nosotros, no; una nueva vida, literalmente una nueva vida — porque, fíjate bien, la muerte atraviesa la vida, morir a; y una vida del otro lado de la muerte, sí, es una nueva vida.

La muerte atraviesa la vida, ésa es la enseñanza del cristianismo; tú tienes que morir a; el Espíritu vivificante es precisamente el que te mata; es la primera manifestación del Espíritu vivificante: que tú debes meterte en la muerte, tú debes morir a — así es, para que no puedas tomar el cristianismo en vano. Un Espíritu vivificante: he aquí la invitación, ¡quién podría no aceptarla! Pero muere, primero: ¡he aquí la parada![4].

El Espíritu es el que vivifica. Sí, vivifica — por medio de la muerte. Pues como dice en un viejo himno[5] que quiere consolar a los deudos por la pérdida del difunto «con la muerte, empezamos la vida», así también, espiritualmente hablando, la comunicación del Espíritu vivificante empieza con la muerte. ¡Piensa en la fiesta del día de hoy! Era el Espíritu que vivifica el que hoy fue derramado sobre los apóstoles — y era

4. Véase *Ejercitación del cristianismo*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Trotta, Madrid, 2009, pp. 47 ss.

5. Himno de Aurelius Prudentius Clemens del siglo IV traducido al danés por Peder Hegelund, que también figura en el actual himnario oficial de la Iglesia del Pueblo de Dinamarca. Kierkegaard lo conocía del himnario del obispo Mynster *Tillæg til den evangelisk-christelige Psalmebog*, Kbh. 1845, como el n.º 610. La cita «con la muerte, empezamos la vida» corresponde a la cuarta línea de la primera estrofa. Cabe agregar sin embargo que en la versión del himnario de Mynster la primera palabra de esa línea es *ved* (una preposición que significa «por» o «por medio de» y también «con») y no *med* como escribe Kierkegaard y que claramente significa «con», como hemos traducido. Puede suceder que Kierkegaard haya citado de memoria o que adrede haya cambiado la preposición para reforzar lo que quería decir con la cita.

en verdad un Espíritu vivificante. Lo mostraron con su vida, con su muerte; de esto, da testimonio la historia de la Iglesia que nació justamente con la comunicación del Espíritu vivificante a los apóstoles. Pero ¿cómo era su situación anterior? ¡Oh, quién ha podido aprender lo que significa morir al mundo y a sí mismo, como los apóstoles! Pues ¡quién ha abrigado expectativas tan grandes como las que los apóstoles fueron inducidos a abrigar en un cierto sentido y al menos por un tiempo! ¡Y quién, como ellos, ha sido tan defraudado en sus expectativas! Es cierto, entonces llegó la mañana de Pascua y Cristo se levantó de la tumba y llegó la ascensión a los cielos — pero ¿y después qué? Sí, fue recibido en la gloria — pero ¿y después qué? Oh, ¿crees tú que algo humano, que la más osada esperanza humana querría siquiera remotamente involucrarse en la tarea que le fuera asignada a los apóstoles? No, aquí cualquier esperanza meramente humana debe desesperar. Entonces llegó el Espíritu que vivifica — los apóstoles ya estaban muertos, muertos a cualquier esperanza meramente terrenal, a toda confianza humana en las propias fuerzas o en un auxilio humano.

Por tanto, primero la muerte; primero debes morir a toda esperanza puramente humana, a toda confianza puramente humana, debes morir a tu egoísmo o al mundo; pues es sólo por tu egoísmo como el mundo tiene poder sobre ti; si tú estás muerto a tu egoísmo, entonces también estás muerto al mundo. Pero no hay, naturalmente, nada a lo que un hombre se aferre con tanta fuerza —¡sí, con todo su ser!— como ¡a su egoísmo! ¡Oh, cuando en la hora de la muerte, alma y cuerpo se separan, eso no es tan doloroso como tener que separarse de la propia alma en vida! Y un hombre no se aferra con tanta fuerza a esta vida sensible como el egoísmo de un hombre se aferra a su egoísmo. Permíteme dar un ejemplo[6] basado en aquellas viejas historias sobre lo que, en tiempos remotos, ha padecido el hombre en sufrimiento interior, algo que en estos tiempos sabios pero sin experiencia considerarían una fábula que a lo sumo tiene cierto valor poético — permíteme

6. Parecería que Kierkegaard nos remite a su propia historia de amor.

dar un ejemplo y elegir para tal fin aquello de lo que nosotros los hombres con tanta frecuencia hablamos y que tanto nos ocupa: el amor; pues el amor es justamente una de las expresiones más fuertes y profundas del egoísmo. ¡Imagínate, pues, a un enamorado! Él vio el objeto, por eso se enamoró; y este objeto ¡se convirtió en la delicia de sus ojos y el deseo de su corazón! Y él lo buscó — ¡era la delicia de sus ojos y el deseo de su corazón! Y lo consiguió, lo tuvo en sus manos — ¡era la delicia de sus ojos y el deseo de su corazón! Entonces (así sucede en aquellas viejas historias) le fue dirigida una orden: «¡Suelta este objeto!» — ¡ay, y era la delicia de sus ojos y el deseo de su corazón! Oyente mío, tengamos cuidado aquí para ver bien cuán profundo hay que penetrar si en verdad se quiere matar el egoísmo. Pues en su miseria, él gritó: «¡No, no lo suelto, no puedo soltar este objeto, oh, ten compasión de mí; si no puedo conservarlo, entonces ahora mátame a mí o, al menos, haz que me sea quitado!». Seguro, tú lo comprendes; su egoísmo habría sido profundamente herido al serle quitado el objeto, pero él percibió muy bien que su egoísmo se sentiría herido aún más profundamente si la exigencia fuese que él mismo se privara del objeto. Oyente mío, vayamos más lejos para penetrar más profundamente en el sufrimiento, allí donde el egoísmo debe ser exterminado aún más profundamente. Incluyamos también «el objeto». Quiero decir, este objeto que él deseaba, que él consiguió, que él posee, la delicia de sus ojos, el deseo de su corazón, este objeto se debe soltar, ay, la delicia de sus ojos, ay, el deseo de su corazón, este objeto, supongamos, a fin de ilustrar con mayor claridad el dolor de morir a, que este objeto piensa como él, que sería cruel separarse — ¡y que es él quien debe hacerlo! Él debe soltar lo que ningún poder humano piensa en quitarle, lo que es ahora doblemente difícil de soltar; pues, tú puedes pensarlo así, el objeto se vale de lágrimas y ruegos, invoca tanto a vivos como a muertos, tanto a hombres como a Dios, para impedírselo — ¡y es él quien debe soltar este objeto! Aquí tienes tú (en caso de que, por lo demás, él logre doblar la cerrada curva sin perder la razón) un ejemplo de morir a. Pues no ver su deseo, su esperanza, cumplidos, ser privado

de lo que se anhela, de lo más querido, eso de por sí puede ser doloroso, y el egoísmo se siente herido, pero de ahí no se sigue que sea morir a; y tener que negarse a sí mismo, aunque sea su deseo más querido: eso de por sí puede ser doloroso, y el egoísmo se siente herido, pero de ahí no se sigue que sea morir a. No, pero tener que aniquilar uno mismo su deseo cumplido, tener uno mismo que privarse del objeto de anhelo del que se ha tomado posesión, eso es herir al egoísmo en su raíz, como le sucedió a Abraham cuando Dios exigió que Abraham mismo, él mismo —¡terrible!— con su propia mano —¡oh, espanto de locura!— sacrificara a Isaac, Isaac, el don tan larga y ardientemente esperado, pero también recibido de Dios, por el cual Abraham pensaba que debía agradecer toda su vida, y que nunca podría agradecer lo suficiente, Isaac, ¡su único hijo, el de la vejez, el de la promesa! ¿Crees tú que la muerte puede doler tanto? Yo no lo creo. Y en todo caso, cuando se trata de la muerte, todo se acaba, pero no se acaba del mismo modo con el morir a, pues no muere el que ha muerto a: quizá tenga una larga vida por delante.

Esto era morir a. Pero antes de que pueda venir el Espíritu que vivifica, tú debes morir a. Oh, cuando por un día o por más tiempo a veces, me siento tan abatido, tan cansado, tan inútil, tan —sí, como solemos decir— casi como si estuviera muerto, entonces también he suspirado para mis adentros: ¡oh, dame vida, vida es lo que necesito! O cuando, exigido quizá más allá de mis fuerzas, creo descubrir que no puedo soportar más; o cuando, por un largo tiempo, parecía como si todo me saliera mal y me hundía en el desánimo, entonces he suspirado para mis adentros: «¡Vida, dame vida!». Pero de ahí no se sigue todavía que el cristianismo considere que es eso lo que necesito. Supón que el cristianismo considerara otra cosa y dijera: «No, primero muérete por completo, tu desgracia es que te aferras egoístamente a la vida, a esta vida que llamas una peste, una carga, ¡muérete bien muerto!». Yo he visto a un hombre rendirse casi desesperado, también lo he escuchado gritar: «¡Dame vida, vida! Esto es peor que la muerte que pone fin a la vida, mientras que yo estoy como muerto y,

sin embargo, no he muerto!». No soy yo el severo; si hubiera conocido alguna palabra confortante, habría estado dispuesto a consolar; sin embargo, es muy posible que el que sufre en realidad necesite otra cosa — que necesite sufrimientos más graves. ¡Sufrimientos más graves! ¿Quién es el cruel que se atreve a hablar de este modo? Amigo mío, es el cristianismo, la enseñanza que está en liquidación bajo el nombre de dulce consuelo, mientras que ella —¡sí, en verdad!— es el consuelo de la eternidad y para siempre, pero por cierto hay que soportar cosas graves. Pues el cristianismo no es lo que nosotros los hombres, tanto tú como yo, preferiríamos hacer de él. Un curandero está a disposición de inmediato y aplica de inmediato el remedio y lo confunde todo. El cristianismo espera antes de aplicar su remedio, con la ayuda de la eternidad no cura cualquier efímero y pequeño malestar —¡algo tan imposible como contradictorio!—; con la ayuda de la eternidad y por la eternidad, cura cuando la enfermedad es tal que la eternidad puede aplicársele, es decir, debes morir a. De ahí la severidad del cristianismo: para no ser convertido en disparate (cosa en que nosotros los hombres preferiríamos transformarlo) y para no confirmarte a ti en el disparate. Y seguro que tú mismo has experimentado la exactitud de esto en cuestiones menores. ¿No te ha pasado acaso —a mí, sí— que cuando comenzabas a lamentarte y a decir «no puedo más», resultó que al día siguiente la exigencia fue aún mayor? ¿Y qué sucedió entonces? ¡Entonces tú pudiste! Cuando los caballos resuellan, al sentirse extenuados, lo único que necesitan es un puñado de avena — pero, por otro lado, si el carro muy cargado se detuviese tan sólo un instante en un barranco, podría precipitarse por él y quizás arrastrar consigo caballos, cochero y todo lo demás al abismo: ¿es cruel entonces que el cochero, que los latigazos caigan terribles, terribles, si nunca tuvo el coraje de pegarles, en especial a esa yunta para él (y bien puede ser cierto) tan querida como la luz de sus ojos — es crueldad o es amor? ¿Es crueldad, si así lo quieres, es ser cruel cuando se trata absolutamente de lo único que te puede salvar de la ruina y levantarte? Lo mismo sucede con el morir a.

Oyente mío. Entonces, entonces — entonces viene el Espíritu que vivifica. ¿Cuándo? Sí, cuando eso haya sucedido, cuando tú hayas muerto a; pues así como se dice «si estamos muertos con Cristo, también viviremos con Él»[7], así también se puede decir: si vivimos con Él, entonces debemos morir con Él. Primero la muerte, luego la vida. Pero ¿cuándo? Sí, cuando lo primero haya sucedido; pues es con la venida del Espíritu que vivifica como Cristo promete a los discípulos la venida del Consolador. ¿Cuándo viene el Consolador? Viene cuando todo lo espantoso que Cristo había predicho sobre su vida ha sucedido antes y asimismo lo pavoroso que había anunciado respecto de la vida de los discípulos: entonces viene el Consolador. No se dice que él venga justo en el mismo instante; sólo se dice que viene cuando lo primero ya ha sucedido, cuando esta muerte se ha producido ya. Asimismo, con la venida del Espíritu que vivifica.

Pero él viene, él no engaña ausentándose. ¿Acaso no vino a los apóstoles? ¿Acaso los engañó? ¿Acaso no vino luego a los creyentes? ¿Acaso los engañó y se ausentó?

No, él viene — y trae los dones del Espíritu, vida y Espíritu.

Él trae *fe*, «la fe», es decir, fe en el más estricto sentido, el don del Espíritu Santo, después de que la muerte haya atravesado la vida. Pues nosotros los hombres no somos tan precisos con las palabras; a menudo hablamos de fe, donde en sentido cristiano estricto no se trata de fe. Según la diferencia de dones naturales, cada hombre ha nacido con una inmediatez más fuerte o más débil; cuanto más fuerte y vitalmente poderoso es, tanto más puede resistir una oposición. Y a esta perseverancia, a esta sana confianza en sí mismo, en el mundo, en los hombres, y entre otras cosas también en Dios, la llamamos fe. Pero no lo es en sentido cristiano estricto. La fe está contra el entendimiento; por otro lado, la fe es la muerte. Y cuando tú estás muerto o muerto a ti mismo, al mundo, cuando tú estás muerto además a toda inmediatez en ti mismo, también lo estás a tu entendimiento. Cuando

7. *2 Timoteo* 2, 11.

toda confianza en ti mismo, o en la ayuda humana, o incluso en Dios en sentido inmediato, cuando toda probabilidad está excluida, cuando está oscuro como en la noche oscura — es ciertamente la muerte lo que describimos: entonces llega el Espíritu que vivifica y trae la fe. Esta fe es más fuerte que el mundo entero, tiene las fuerzas de la eternidad, es el don del Espíritu que viene de Dios, es tu victoria sobre el mundo, en el que eres más que vencedor.

Y el Espíritu trae luego la *esperanza*; en el más estricto sentido cristiano, la esperanza que es esperanza contra toda esperanza. Pues hay en cada hombre inmediatamente una esperanza; ésta puede tener en uno mayor fuerza vital que en otro; pero en la muerte (es decir, cuando tú mueres a), muere toda esperanza de esta clase, y se transforma en desesperanza — en efecto, es la muerte lo que estamos describiendo — viene entonces el Espíritu que vivifica y trae la esperanza, la esperanza de la eternidad. Esto es contra toda esperanza, pues según aquel esperar meramente natural ya no quedaba ninguna esperanza, por lo tanto, es esperanza contra toda esperanza. El entendimiento dice: «no, no hay ninguna esperanza»; sin embargo, tú estás muerto a tu entendimiento y, mientras sea así, el entendimiento se calla; pero si alguna vez retoma la palabra, comenzará enseguida donde había quedado: «no hay ninguna esperanza» — y seguramente se burlará de esta nueva esperanza, el don del Espíritu, como en la fiesta de Pentecostés, los sabios y entendidos allí reunidos se burlaban de los apóstoles, diciendo: están ebrios de vino nuevo[8], del mismo modo se burlará de ti y te dirá: «Tú debes haber estado ebrio el día en que te sucedió semejante cosa, o debiste, al menos, haber perdido el juicio» — tampoco hay nadie más próximo a saberlo que el entendimiento, y el entendimiento lo dice de una manera en extremo juiciosa, pues morir a, también es morir al entendimiento, y la esperanza del Espíritu que vivifica está en contra de la esperanza del entendimiento. «Es para desesperarse que no haya ninguna esperanza», dice el entendimiento, «sin embargo, esto aún

8. *Hechos de los Apóstoles* 2, 13.

puede entenderse. Pero que del otro lado de esto (de que no hay ninguna esperanza), haya una nueva esperanza, sí, la esperanza: esto, como que me llamo el entendimiento, ¡esto es una locura!». Pero el Espíritu, que vivifica, cosa que «el entendimiento» no hace, dice y testimonia: «la esperanza» es contra toda esperanza. Oh, tú, que quizás hasta la desesperación luchas en la desesperanza, ¿no es cierto que es esto en lo que de algún modo te obstinas, que tú estás absolutamente convencido de que puedes hacerlo evidente aun para un niño, aun para el hombre más tonto, que para ti no hay ninguna esperanza; y que quizá sea justamente esto lo que te exaspera, que se te quiera contradecir? Entonces, ahora confíate al «Espíritu»; pues con él puedes hablar, enseguida te dará la razón, te dice «Es del todo cierto que no hay ninguna esperanza y es para mí muy importante insistir en ello, pues justo a partir de ahí, muestro que hay esperanza: la esperanza contra toda esperanza». ¿Puedes pedir más? ¿Puedes imaginar un tratamiento más adecuado a tu situación en el sufrimiento? Te dan la razón, no hay ninguna esperanza; te dan la razón, eso es lo que necesitabas y necesitabas que te ahorraran, algo que tú también haces, toda esa tontería, todos esos repugnantes motivos de consuelo; te dan permiso, algo que hace tan bien, para enfermarte cuanto quieras en provecho de todos los curanderos; te dan permiso, algo que termina con el dolor y apaga la inquietud, para darte la vuelta y morir, libre de su deplorable tratamiento médico incapaz de darte vida nueva sino que sólo intenta penosamente mantenerte con vida o impedirte morir a — y, por añadidura, te dan «la esperanza» que es contra toda esperanza, ¡el don del Espíritu!

Finalmente, el Espíritu también trae: *el amor*[9]. En otros lugares[10], he intentado mostrar lo que no se logra enfatizar

9. En danés, *Kjerlighed*, vocablo que alude al amor desinteresado, al amor al prójimo, opuesto a *Elskov*, que se refiere al amor de preferencia y al amor sensual.

10. Cf. *Las obras del amor*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Guadarrama, Madrid, 1965.

con bastante frecuencia ni nunca se pone en claro lo suficiente: que lo que nosotros los hombres ensalzamos bajo el nombre de amor es amor propio y que cuando no tenemos cuidado con esto se confunde todo el cristianismo para nosotros.

Sólo cuando tú has muerto al egoísmo dentro de ti y, con ello, al mundo, de modo que no amas al mundo ni las cosas que hay en el mundo, y ni siquiera amas a un solo hombre de forma egoísta — cuando en el amor a Dios has aprendido a odiarte a ti mismo: sólo entonces puede hablarse del amor que es cristiano. Según nuestros conceptos meramente humanos, el amor es inmediatamente inherente a nuestro ser; por eso, consideramos natural que sea más fuerte en los días de juventud, cuando el corazón conserva todo su calor y entusiasmo inmediatos, se abre con devoción a otros y se une con devoción a otros. De este modo consideramos, si no natural, al menos como el curso habitual de las cosas, el hecho de que, a medida que un hombre envejece, su ser se une menos a otros, se cierra, no se abre de la misma manera receptiva, no se entrega tan abiertamente — lo que también explicamos como la triste consecuencia de tristes experiencias. Ay, pues este corazón, así decimos, de la juventud, también de nuestra juventud, este corazón alegre, amante, que se abre confiado, que se da por entero —suponiendo que sea así— este corazón fue defraudado tan a menudo y tan amargamente; en amargas experiencias tuve que aprender a conocer a los hombres desde un ángulo del todo distinto, y por eso —¡precisamente por eso!— también una parte del amor se apagó en mi pecho.

Oh, amigo mío, ¿cómo crees tú que los apóstoles aprendieron a conocer a los hombres? ¿Te parece que desde el ángulo más favorable? En verdad si alguna vez alguien —no se lo encontrará desde luego entre los siempre dispuestos a hablar del corazón cálido, pleno, apasionado, amistoso, de la juventud— ha tenido derecho a decir «he aprendido a conocer de tal modo a los hombres que sé que no merecen ser amados»: ¡ése era el apóstol de Cristo! Y esto es lo que amarga; es tan natural el deseo de encontrar en los hombres algo que se pueda amar y es incluso razonable cuando lo que se

busca no es el bien de los otros ni únicamente el bien de los otros. No encontrar nada parecido, encontrar lo contrario y encontrarlo en la medida en que lo encontraron los apóstoles: ¡oh, es para morirse! Y en cierto sentido es también lo que hicieron los apóstoles: murieron; todo se hizo oscuro a su alrededor —¡estamos hablando de la muerte!— después de haber hecho la terrible experiencia de que el amor no sea amado, de que sea odiado, burlado, escupido, crucificado en este mundo, y crucificado mientras la justicia que lo condena se lava las manos tranquilamente y mientras la voz del pueblo aclama al ladrón. ¿Puede suponerse entonces que van a jurarle enemistad eterna a este mundo sin amor? Oh, sí, en cierto sentido, pues el amor a Dios es odio al mundo, pero por lo demás, no, no: al amar a Dios para permanecer en el amor, ellos, por así decirlo, se unieron a Dios en el amar a este mundo sin amor — el Espíritu que vivifica les trajo el amor. Y entonces los apóstoles decidieron, en conformidad con el modelo, amar, sufrir, soportarlo todo, sacrificarse para salvar al mundo sin amor. Y esto es amor.

Tales dones les trajo el Espíritu que vivifica a los apóstoles el día de Pentecostés: oh, que el Espíritu también quiera traernos esos dones a nosotros; en verdad que se hacen necesarios en estos tiempos.

Oyente mío, aún tengo una palabra que quiero decir; pero voy a presentarla con un ropaje que quizás a primera vista te resulte menos solemne; no obstante, lo hago con buena intención y diligencia porque considero que tal vez así produzca una impresión más verdadera en ti.

Había una vez un hombre rico; mandó a comprar en el extranjero y a un precio exorbitante un par de caballos espléndidos e impecables que quería tener para su propio placer y por el placer de conducirlos él mismo. Así pasaron cerca de uno o dos años. Si alguien que hubiese conocido de antes a estos caballos los viera conducidos ahora, no podría reconocerlos: los ojos se habían vuelto lánguidos y somnolientos, el andar, sin porte ni gallardía, incapaces de soportar nada, de resistir nada; apenas se podía conducirlos una milla sin tener que detenerse; a veces, incluso se detenían en lo mejor de

la marcha; además, habían adquirido toda clase de mañas y malos hábitos y, a pesar de que recibían forraje en abundancia, desmejoraban día tras día. Entonces, el hombre mandó llamar al cochero del rey. Él los condujo durante un mes: no hubo en toda la región un par de caballos que irguieran tan orgullosos la cabeza, cuya mirada fuera tan fogosa y cuyo porte, tan bello; ningún par de caballos que pudieran correr así hasta siete millas de un tirón, sin necesidad de detenerse. ¿Cómo se explica? Es fácil de ver: el dueño, que sin ser cochero pretendía serlo, los condujo según lo que los caballos entendían por ser conducidos; el cochero real, en cambio, los condujo según lo que entendía él por conducir.

Así sucede con nosotros los hombres. Oh, cuando pienso en mí mismo y en los muchos que he conocido, a menudo me he dicho con tristeza: aquí hay talentos y fuerzas y condiciones suficientes — pero falta el cochero. Durante mucho tiempo, de generación en generación, los hombres, si se puede decir así, hemos sido conducidos (para seguir con la imagen) según lo que entienden los caballos por ser conducidos; hemos sido dirigidos, formados, educados, según el concepto humano de lo que es ser hombre. De ahí, mira lo que nos falta: elevación, y como nos falta eso, sólo somos capaces de soportar tan poco, utilizamos impacientes y de inmediato los medios del instante, y en nuestra impaciencia queremos ver al instante la recompensa de nuestro trabajo, la cual justamente por eso resulta a la medida de nuestra impaciencia.

En otro tiempo, era distinto. Había una vez en que a la propia divinidad, si se me permite decirlo así, le agradaba ser el cochero. Y conducía los caballos según lo que entendía el cochero por conducir. ¡Oh, de qué no era capaz el hombre en aquel tiempo!

¡Piensa en el texto del día! Había doce hombres, todos pertenecientes a la clase social que llamamos del hombre común. Ellos lo habían visto, lo adoraban como Dios, su señor y maestro crucificado; de ellos puede decirse, como nunca podría decirse ni remotamente de nadie, que habían visto que todo estaba perdido. Es verdad, después Él subió victorioso a los cielos — pero luego, claro, también desapareció: y he-

los ahí ahora esperando que el Espíritu les sea comunicado para así predicar, maldecidos por el pequeño pueblo al que pertenecen, una enseñanza que despertará el odio de todo el mundo contra ellos; ésta es la tarea. Esos doce hombres debían transformar el mundo — y según la medida más terrible, contra su voluntad. En verdad ¡aquí el entendimiento se detiene! Con sólo hacerse una débil representación de ello ahora, tanto tiempo después, el entendimiento se detiene — siempre y cuando se tenga alguno; es como si se debiera perder el entendimiento — siempre y cuando se tenga algún entendimiento que perder.

Éste es el cristianismo que debe ser introducido. Y esos doce hombres lo introdujeron. En cierto sentido, eran hombres como nosotros — pero estaban bien conducidos, ¡sí, estaban bien conducidos!

Luego llegó la generación siguiente. Ellos introdujeron el cristianismo. Eran hombres completamente iguales a nosotros — ¡pero estaban bien conducidos! ¡Sí, en verdad lo estaban! Sucedía con ellos lo mismo que con aquel par de caballos conducidos por el cochero real. ¡Nunca antes un hombre ha levantado tan orgulloso la cabeza por encima del mundo como lo hicieron los primeros cristianos en humildad ante Dios! Y tal como aquel par de caballos podía correr hasta siete millas sin detenerse a tomar aliento, del mismo modo corrieron los primeros cristianos, corrieron setenta años de un tirón sin soltar las riendas, sin detenerse en ningún lugar; no, orgullosos como estaban en humildad ante Dios, decían: «No es para nosotros andar deteniéndonos por el camino, sólo nos detendremos — ¡en la eternidad!». Éste era el cristianismo que debía ser introducido; ellos lo introdujeron, sí, lo hicieron; pero también estaban bien conducidos, ¡sí, lo estaban!

Oh, Espíritu Santo — oramos por nosotros y por todos — oh, Espíritu Santo, tú que vivificas; aquí no faltan talentos, formación, inteligencia; más bien, aquí hay demasiado de eso; pero lo que falta es que tú nos quites el poder que a nosotros nos lleva a la perdición, y que tú tomes el poder y nos des la vida. Ciertamente que un hombre siente un estremecimiento como en la muerte, cuando tú, para llegar a ser el poder en él, le quitas el poder: oh, pero si las mismas criaturas animales entienden en un instante posterior lo bueno que fue para ellas que el cochero real tomara las riendas, lo que ciertamente les produjo un estremecimiento y, aunque en vano, sublevó su ánimo — ¡cuánto más no entenderá un hombre el beneficio que le haces, al tomar tú el poder, y dar la vida!

«La muerte atraviesa la vida, ésa es la enseñanza del cristianismo; tú tienes que morir a; el Espíritu vivificante es precisamente el que te mata; es la primera manifestación del Espíritu vivificante: que tú debes meterte en la muerte, tú debes morir a — así es, para que no puedas tomar el cristianismo en vano. Un Espíritu vivificante: he aquí la invitación, ¡quién podría no aceptarla! Pero muere, primero: ¡he aquí la parada!».

De entre los escritos edificantes de *Søren Kierkegaard* (1813-1855), el presente es el más popular de todos. Destinado en un principio a ser una de las predicaciones previstas para 1851, fue finalmente publicado el 10 de septiembre de ese mismo año, en el undécimo aniversario del compromiso de su autor con Regina Olsen. Interpelación al individuo singular, constituye un excelente compendio del pensamiento kierkegaardiano.

Del mismo autor han sido publicados en esta Editorial *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía* (²2006); *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I y II (2006; 2007); *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* (⁵2007) y *Discursos edificantes. Tres discursos para ocasiones supuestas* (2010), en la serie de los *Escritos*, además de *El Instante* (2006), *Los lirios del campo y las aves del cielo* (2007), *La enfermedad mortal* (2008) y *Ejercitación del cristianismo* (2009).



ISBN 978-84-9879-208-9
9 788498 792089